

# **MAESTROS PRECURSORES DE GRANDEZA**

## **Contadores Públicos del siglo XX**

Jorge Barajas Palomo

**Prólogo a cargo del Doctor Juan Alberto Adam Siade  
Director de la FCA-UNAM**



**Universidad Nacional Autónoma de México  
Facultad de Contaduría y Administración**



Publicaciones Empresariales



UNAM

FCA Publishing

Este libro forma parte de las  
Publicaciones Empresariales UNAM. FCA Publishing  
editadas por la Facultad de Contaduría y Administración.

Le invitamos a visitar nuestro sitio web:

<http://publishing.fca.unam.mx>

# MAESTROS PRECURSORES DE GRANDEZA

Jorge Barajas Palomo





---

---

## Maestros precursores de grandeza. Contadores Públicos del siglo XX

Primera edición: 22 de Abril de 2012

DR © 2012, UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,  
C.P. 04510, México, Distrito Federal

Facultad de Contaduría y Administración  
Circuito Exterior, s/n Ciudad Universitaria  
Delegación Coyoacán, 04510,  
México, Distrito Federal

**ISBN versión impresa: 978-607-02-2975-6**

**ISBN versión electrónica: En trámite**

“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales”

Impreso y hecho en México.

*A mi hija Cristina Barajas Rocha, universitaria y latinoamericanista -muy pronto también Maestra en Administración por nuestra Facultad-, con todo mi amor y agradecimiento por su siempre luminosa presencia y su valioso apoyo*

## **Acerca del Autor**

**Jorge Barajas Palomo**, originario de la ciudad de México, obtuvo el título de Contador Público en el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) y a la fecha es alumno del Doctorado en Ciencias de la Administración por la Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM.

Su experiencia profesional comprende cerca de 50 años de actividades de auditoría independiente, asesoría fiscal, servicio público, consultoría internacional, docencia y dirección de organismos gremiales y académicos en instituciones como el despacho Mancera/Ernest&Young; la Secretaría de la Contraloría General de la Federación y la Auditoría Superior de la Federación; el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial; la Asociación Interamericana de Contabilidad, el Instituto Mexicano de Contadores Públicos y el Instituto Mexicano de Auditores Internos; la FCA de la UNAM y el ITAM.

# ÍNDICE

<b>Prólogo</b>	<b>9</b>
<b>El espíritu que alienta este libro</b>	<b>11</b>
<b>Las semblanzas</b>	<b>19</b>
Don Roberto Casas Alatríste	21
Don Rafael Mancera Ortiz	25
Doña Refugio A. Román	29
Don Sealtiel Alatríste Ábrego	33
Don Ramón Cárdenas Coronado	37
Don Wilfrido Castillo Miranda	41
Don Alfonso Ochoa Ravizé	45
Don Héctor A. Novoa López	49
Don Manuel Resa García	53
Don Julio Freyssinier Corral	57
Don Carlos Pérez del Toro	61
Don Carlos Isoard y Jiménez de Sandi	65
Don Armando Ortega Pérez de León	69
Don José Manuel Pintado Nieto	73
Don Ricardo Mora Montes	77
Don Humberto Murrieta Necochea	81
Doña Vilma Cámara Zavala	85
Don Arturo Díaz Alonso	89
<b>Cronología de la profesión contable mexicana en el siglo XX</b>	<b>95</b>
<b>Obras consultadas</b>	



# Prólogo

La docencia es una de las actividades más nobles del ser humano.

He tenido la oportunidad de manifestar este pensamiento en varios foros y eventos, el más reciente en el Colegio de Contadores Públicos de México, y con afecto lo expreso de nuevo al escribir el prólogo de este libro porque sus páginas son, precisamente, un justo reconocimiento a la labor académica de distinguidos contadores públicos, cuyas enseñanzas, dentro y fuera del aula, honran y seguirán enaltecendo a nuestra profesión.

Fue a instancias del propio Colegio que Jorge Barajas Palomo, estimado miembro de la comunidad de la Facultad de Contaduría y Administración de la Universidad Nacional Autónoma de México y bien conocido también en el ámbito de la profesión contable, se dio a la tarea de narrar en breves apuntes biográficos la misión cumplida por 18 maestros, a fin de animar el interés de muchos jóvenes colegas –como Jorge nos lo dice en las primeras páginas del libro- “... y alentar su conciencia, nueva y sensible, acerca de los cambios que ellos están llamados a realizar”.

Dichas biografías fueron publicadas en la revista Veritas del Colegio entre septiembre de 2008 y marzo de 2012, y ahora aparecen reunidas en este volumen bajo el feliz título de “Maestros precursores de grandeza”, que con mucho gusto y a petición de su autor, nuestra Facultad ofrece en esta edición, igualmente alentadora del espíritu que nos anima a todos a imitarlos y a ser –en la hora presente que hoy a todos nos pide respuesta –contadores públicos creativos, inteligentes y participativos de nuestra transformación nacional.

Doctor Juan Alberto Adam Siade  
Director de la Facultad de Contaduría y Administración  
Universidad Nacional Autónoma de México



# El espíritu que alienta este libro

## *Affectio societatis*

El Colegio de Contadores Públicos de México me invitó amablemente en 2008 por conducto de su entonces presidente, Javier García Sabaté, y de Roberto Danel Díaz, presidente del Consejo Editorial de la revista *Veritas*, órgano oficial y de difusión del Colegio, a escribir biografías de maestros reconocidos por nuestra comunidad profesional que nos han precedido ya en el regreso al principio del que provenimos, a fin de animar el interés de muchos jóvenes colegas en nuestra historia, no obstante su reciente arribo —apenas un poco más de 100 años— al mundo del progreso contemporáneo como Contaduría profesional, y de alentar su conciencia, nueva y sensible, acerca de los cambios que ellos están llamados a realizar.

Las semblanzas de los dieciocho maestros que forman el núcleo de este libro aparecieron en *Veritas* entre septiembre de aquel año y marzo del actual 2012, dando un sentido de exaltación a la columna permanente bajo cuyo título fueron publicadas en la revista, el de la bella máxima latina *affectio societatis* que elogiábamos en los primeros años de nuestra vida institucional y que, en su significado esencial, alude a toda agrupación voluntariamente formada para servir a sus miembros y a la sociedad, procurando en todo tiempo objetivos de solidaridad, de común interés cultural y de identidad filosófica, intelectual y técnica, misma inspiración que hoy nos sigue distinguiendo como profesión organizada.

Con el fin de favorecer una mejor comprensión de la sucesión de los hechos de nuestro desarrollo profesional, en que estos maestros influyeron con su inteligencia y su dedicación, los esbozos biográficos de cada uno de ellos se presentan en orden al de sus fechas de nacimiento y no en el de su aparición en la revista.

Creo conveniente decir que si bien este no es un libro de historia acerca de la profesión contable, la lectura de los acontecimientos en que nuestros precursores participaron nos ofrece una buena oportunidad de apreciarla mejor, propósito al que puede ayudar, adicionalmente, la breve cronología sobre su desarrollo en México durante el siglo XX, que me ha parecido útil agregar como capítulo final.

El título de este ensayo y mi intención de escribir sobre “Maestros Precursores”, así, sin pretender determinar con el artículo “los” una idea de exhaustividad, dejan a cada lector la certidumbre de que en nuestro tiempo han vivido y seguirán actuando muchos personajes dedicados a hacer de la profesión de la Contabilidad en México una disciplina al servicio del público, según lo revela en su origen nuestra denominación profesional. Pero también he debido acudir a la memoria de quien ha vivido la historia en carne propia y puede, por eso, hablar de aquellos a quienes trató y conoció mejor en su trabajo y en su época.

Al empezar a escribir mis recuerdos como una procesión de personajes entrañables, quise dejar constancia expresa de que mi intención era la de proyectarlos al momento actual y no quedarme en meros homenajes y tributos de admiración, dejándolos en su tiempo. Se trata propiamente -dije entonces- de un ejercicio de *affectio societatis* dedicado a mis contemporáneos y para estímulo de los muchos jóvenes a quienes gusta incursionar en la historia de esta profesión suya y nuestra.

Así que, ya iniciado en la misión de comunicarme con mis compañeros de distintas generaciones, me obligué hace más de tres años, y quiero repetirlo ahora, a revelar algunas reflexiones y recuerdos personales que acompañaran mi elegía de los maestros, con ningún otro fin que el de mostrarme abierto y vulnerable. “La historia es según el cristal con que se cuenta”, según la paráfrasis que me permití hacer de la conocida frase en la primera de mis colaboraciones, poniéndome a la atención de los lectores que quisieran rectificar o agregar algún comentario a mis remembranzas. Sin embargo, en el lapso transcurrido desde la primera entrega hasta el momento de preparar esta edición no recibí crítica alguna, por lo que, tan solo precedidos de estas reflexiones, presento ahora los esbozos biográficos aparecidos en la revista, con algunos añadidos y modificaciones propios de toda revisión.

Al llegar a este punto, debo detenerme un momento para plantear la obligada pregunta acerca del por qué de este libro, del por qué escribir tan solo palabras de alabanza sobre determinados personajes y recordar su magisterio digno de ejemplo. Quien haya leído esas evocaciones en *Veritas* y ahora las encuentre aquí reunidas podrá interrogarse, al igual que yo, si en este tiempo lleno de incertidumbres

sobre el futuro de la humanidad, sometida a sistemas políticos y económicos evidentemente contrarios al ideario del bien general, es oportuno hacer uso del género literario del retrato biográfico, por lo general apologista. ¿No estaríamos más obligados, en estas circunstancias, a formular juicios y reproches sobre lo acontecido, para proponer cambios a las penosas realidades de nuestro presente?

- La respuesta está en el sentido mismo de tales cuestionamientos. Nuestra existencia es una sucesión de hechos oscuros y claros; es una lucha secular del bien, la verdad y la justicia contra el apetito desbordado de los poderosos que ambicionan dinero y dominio en todo. Pero a la corrupción solo la vamos a vencer con la ética que proclama el servicio a los demás, sobre todo a los más necesitados, antes de preocuparnos en demasía por nosotros mismos.

Y he aquí que en tanto voy reflexionando una vez más sobre estas cosas desde mi espacio íntimo, viene a mi recuerdo ese selecto conjunto de seres humanos que conocí y traté, miembros de la misma profesión mía -una profesión fundada en el deber de hablar solo de aquello que nos consta porque hemos obtenido la suficiente evidencia para fundamentarlo-, que en todo igualaron su vida con su pensamiento y que, además, conocedores de la importancia de las técnicas y sistemas que empezaron a desarrollar, las propusieron, demostraron su utilidad, las expusieron en programas académicos y las aplicaron en la práctica profesional, enriqueciendo procesos administrativos y de gestión eficaz en gobiernos y empresas.

Esta legión de maestros contadores del siglo XX es, por lo mismo, digna de ejemplo porque nos invita, sin renunciar a la crítica de los graves acontecimientos de nuestro tiempo -igual que ellos lo hicieron en el suyo-, a valorar su testimonio y encontrar soluciones firmes a los muchos problemas que hoy parecen irresolubles por falta de confianza en nuestras instituciones y, por extensión, en nosotros mismos.

Ellos nos ayudaron a entender que Contaduría Pública es esencialmente información, información de naturaleza económica referida a las entidades que forman nuestra estructura social, la cual no puede concebirse a sí misma si no es capaz de cumplir las aspiraciones de justicia de sus miembros y de generar bienestar económico, suficiencia de bienes materiales para el disfrute de su libertad y de su espíritu. Nuestros precursores nos transmitieron también su convicción

de que la información que produce la contabilidad es el único instrumento válido, cuando no se desordena y corrompe, para determinar la capacidad que las entidades económicas tienen de participar en esta exigencia de progreso humano real.

Todos ellos promovieron desde la cátedra y en la práctica profesional el supremo valor de la confianza que la sociedad merece tener en la información financiera y económica, e impulsaron el dictado de normas éticas y técnicas para que la función distintiva de nuestra profesión –la auditoría independiente de los estados financieros preparados por los administradores de todo tipo de organizaciones– transmita a la sociedad un mayor grado de credibilidad, general y suficiente, sobre esa información.

Habría que agregar a esta enseñanza recibida de nuestros maestros la de que, como resultado de su experiencia acumulada en el diseño, aplicación y revisión de sistemas de gestión administrativa e información, la Contaduría se fue convirtiendo a lo largo del siglo en una disciplina de horizontes y efectos múltiples que adicionalmente sirve al público en diversas especialidades, tales como la gestión financiera, la investigación y la actividad académica de alta calidad, los impuestos y la administración pública, todo ello gracias al desenvolvimiento de la disciplina profesional de la auditoría que le dio génesis y en la que sigue basando su autorizada participación en el escenario mundial.

Este es, sin más preámbulos, el motivo que alienta el espíritu de este libro: que sepamos apreciar el testimonio de quienes, como contadores públicos, contribuyeron a engrandecer su profesión e hicieron de su vida una constante prueba de servicio y un mensaje de esperanza en la llegada de tiempos siempre mejores.

### **Un siglo que se extiende a tres**

Quienes nacimos en el siglo XX, hijos y nietos de la transición histórica a la modernidad, nos sabemos plenamente insertados en el espacio de tres siglos que proyectan, igual que las noveles profesiones como la Contaduría, un porvenir de paz y de progreso.

El futuro ya está aquí; el XXI es real y da testimonio de la grandeza que hemos heredado. Pero este legado solo se traducirá en beneficio

colectivo si sabemos responder con resolución y eficacia a los desafíos de esta primera centuria de un milenio que se nos presenta lleno de incertidumbres y de ominosas crisis –tal y como nuestros precursores lo hicieron en su tiempo–, lo que nos exige diseñar sistemas de información más útil y de mayor verosimilitud, en los que se fundamenten decisiones éticas y responsables por parte de quienes administran los bienes, los medios de producción y los servicios encomendados a su manejo, conforme al mandato secular de la rendición de cuentas.

El siglo XX es el espacio de tiempo que la historia del hombre registra, hasta ahora, como el de más altos logros científicos y tecnológicos, no exentos, por desgracia, de injusticias y de sufrimientos humanos por el mal uso que de ellos hicieron todo tipo de totalitarismos. En el mismo periodo también fue posible apreciar que a la par de todas esas transformaciones y luchas, las ciencias y las técnicas recibieron un impulso extraordinario; la Administración se benefició por la investigación y la coordinación de esfuerzos que pudieron aportar importantes adelantos, confirmando con claridad que el proceso administrativo identifica y define la planeación como el primer componente de su proceso continuo, lo cual puede identificarse con la cuestión filosófica del deber ser que mueve la actividad de todo individuo y, por extensión, de todo grupo y organismo social.

En el centro de estas reflexiones es interesante destacar que todos los maestros precursores a quienes está dedicado el presente volumen, provienen de las dos grandes instituciones formadoras de contadores públicos en el contexto y amplia visión del desarrollo administrativo: la Facultad de Comercio y Administración –hoy Facultad de Contaduría y Administración– de la UNAM y la antigua Escuela Superior de Comercio y Administración –la ESCA–, adscrita al Instituto Politécnico Nacional, desde 1936, año de la fundación de este. El pulso e inspiración de estas dos madres nutricias de estudios –*Alma Mater Studiorum*–, estimularon el surgimiento en México, a partir de la segunda mitad del siglo, de numerosas facultades y escuelas de contaduría y administración que hoy suman más de trescientas en el país.

Este importante crecimiento cuantitativo y cualitativo registra como uno de sus hechos más importantes la decisión de haber promovido en la Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM, a partir de 1957, el reconocimiento de la Administración como carrera

profesional autónoma, desarrollando en seguida un vasto programa de investigación y de estudios de posgrado a nivel de maestrías y doctorados, felizmente seguido, muy pronto, por la mayoría de dichas instituciones, tanto públicas como privadas, propiciando incluso que algunas de ellas se identifiquen como escuelas de negocios, lo cual ha influido en no pocos casos en el cambio de denominación del título de contador público.

La elevación de la Administración al rango de disciplina formal de estudios profesionales en la UNAM es, propiamente hablando, un signo de continuidad de los muchos acontecimientos que desde hacía más de cien años venían teniendo lugar en nuestro país, tendientes a reconocer que la contabilidad, el comercio y la administración –junto con las ciencias, las humanidades y las artes– son elementos del conocimiento necesario para nuestro desarrollo económico y social.

Un aspecto trascendental de esta transformación, al que será debido hacer referencia en todo tiempo, es la gesta estudiantil de 1929 que culmina con la conquista de la autonomía universitaria y la consecuente promulgación de la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México. El licenciado Ignacio García Téllez es nombrado rector interino con la encomienda de organizar la universidad, y entre otras actividades de tan formidable proceso forma una comisión de profesores y alumnos para trabajar, junto con él, en el establecimiento de la nueva Facultad de Comercio y Administración, escuchando la opinión del Instituto de Contadores Públicos Titulados de México –así llamado y presidido entonces por don Rafael Mancera Ortiz–.

También es debido percibir entre las luces que nos llegan del siglo XIX algunos acontecimientos que precedieron la dignidad de este suceso. El 6 de octubre de 1845 se funda el “Instituto Comercial”, lo que propiamente se considera como el nacimiento de la Escuela Superior de Comercio y Administración y que, tal y como lo registra nuestra convulsa historia de luchas y transformaciones durante casi todo el siglo, sufre cambios en su dirección y denominación, y hasta interrupciones en su funcionamiento, para llegar a asumir en 1890 el nombre y su sigla ESCA que hoy la identifican. En 1902, establece la carrera de Contador, cuyo primer egresado es don Fernando Díez Barroso, quien el 25 de mayo de 1907 sustenta su examen profesional para recibir el Diploma de Contador de Comercio.

Continuando el atisbo de los múltiples eventos e incidentes que van afirmando nuestra identidad nacional en las primeras décadas del siglo XX, la memoria histórica registra acciones de solidaridad, de colaboración y de sacrificio llevadas a cabo por muchos compatriotas de nuestra emergente sociedad, y en ese contexto, el proceso de crecimiento y consolidación de la profesión contable mexicana es también un modelo ejemplar de colaboración y de entendimiento.

La ESCA participa en los trabajos de organización de la nueva Facultad de Comercio y Administración en la naciente UNAM y la Facultad reconoce y eleva desde su inicio a su más alto rango a personajes distinguidos provenientes de aquella; es así que el Consejo Universitario nombra como su primer director, en agosto de 1929, a don José Felipe León y Ponce, exalumno de la ESCA y profesor de la misma, a quien sucede don Agustín Zea Arreguín como segundo director de la Facultad -también lo había sido de la ESCA-, seguido posteriormente por don Roberto Casas Alatríste, asimismo proveniente de esta Escuela.

Proyectadas con generosidad al siglo XXI, la FCA y la ESCA contribuyen hoy de manera permanente a la elevación de los niveles académicos para la formación de los futuros contadores públicos en el seno de la Asociación Nacional de Facultades y Escuelas de Contaduría y Administración (ANFECA), fundada hace más de 50 años por el ilustre maestro don Arturo Elizundia Charles, quien fuera Director de la FCA de 1957 a 1965, y posteriormente miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM.

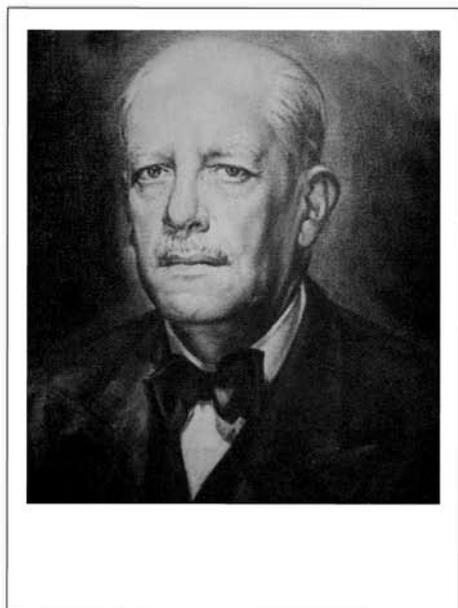
Es propicio repetir que los maestros que contribuyeron a forjar este tiempo de solidez y de trabajo continuado por el bien de México y cuyos esbozos biográficos forman la parte central de este libro, adquirieron y compartieron sus conocimientos en la FCA y en la ESCA.

A todos ellos, nuestro agradecimiento y afecto. Que sepamos reencontrar su voz; que seamos capaces de ofrendar de nuevo, como ellos lo hicieron ante los desafíos de su tiempo, nuestro culto a la verdad y a la justicia que proclamamos en nuestros dictámenes; que aprendamos a imitarlos en la entrega que hoy, de nuevo, nuestra patria nos demanda.



# LAS SEMBLANZAS





**DON ROBERTO CASAS ALATRISTE**  
**(1892 - 1967)**



Don Roberto pertenece en mi sensorio a la sociedad de grandes hombres iluminados en su espíritu por la llama mística del Renacimiento.

Y acaso las luces encendidas en su alma por el numen clásico y universal del hombre alimentaron su palabra devota en la I Conferencia Interamericana de Contabilidad, el 17 de mayo de 1949, en Puerto Rico.

El enlace entre el Mediterráneo renacentista y el Caribe del encuentro lo describe el escritor colombiano Germán Arciniegas de manera deliciosa: *“El ‘Nacimiento de Venus’ de Boticelli es, sencillamente, ‘El Renacimiento’, y coincide la pintura de esta imagen del Mediterráneo con el descubrimiento de América, o para ser más exactos -dice Arciniegas-, con el descubrimiento del Mar Caribe”*.

Imaginemos juntos el barrio de Santa Lucía de Ognissanti, en Florencia, donde vive Américo Vespucci, a unos pasos de la casa de Sandro Boticelli; ahí llegan los Medicis, Savonarola, Da Vinci, los Ghirlandaios, Luca Pacioli... Y la analogía del fragmento nos ha de conducir a don Roberto, nuestro Leonardo Criollo.

Ama el arte, la belleza, la verdad. Y hace de estas virtudes profesión de su humanismo, al tiempo que determina ejercer y promover el culto a la verdad como paladín de la Contaduría Pública en los albores del siglo XX.

Don Roberto Casas Alatraste, identificado así como hombre enciclopédico, arquetipo de los genios del Renacimiento, es valiente precursor de cambios fundamentales en la vida económica, política y social de México, proclamando abiertamente su voluntad de servir a la justicia, al honor y a la dignidad de la nación.

Decía Ortega y Gasset que la cultura es una respuesta a los desafíos de la vida. ¿Acaso los contadores públicos nos podemos considerar cultos?; en tal caso, ¿cómo estamos respondiendo a la crisis económica y moral de nuestro tiempo?; ¿nos sentimos satisfechos por cumplir con nuestras normas de conducta profesional o procuramos buscar modificar o interpretar tales directrices, de manera que respondan mejor a resolver necesidades de otros compañeros, de otros ciudadanos?

Para responder a estos cuestionamientos acudamos al ejemplo de don Roberto y que este ejemplo nos guíe.

En los años recios del parto posrevolucionario, mientras se desempeña como diputado y miembro de la Comisión Legislativa redactora, en septiembre de 1922, del Convenio *Lamont-De la Huerta*, que consiguió reducir la deuda que impedía la reconstrucción nacional, Roberto Casas Alatraste lucha y suma convencido su condición de profesionista, y con la histórica generación funda el Instituto de Contadores Públicos Titulados de México, en 1923. Es la década de la creación del Banco de México, de los bancos nacionales que fomentarán el crecimiento del país, del Impuesto sobre la Renta, de la autonomía universitaria... Don Roberto participa en la gestación de estas épicas conquistas.

Sigamos recordando su continuado y admirable tesón como Contador Mayor de Hacienda de la Cámara de Diputados... como miembro promotor del Patronato de la Orquesta Sinfónica de México y de la Ópera Nacional... como educador y guía de la juventud... como Director de la Facultad de Comercio y Administración de la UNAM, en 1933, mismo año en que preside el Instituto de Contadores Públicos Titulados de México (hoy nuestro IMCP), que vuelve a dirigir en 1947-48.

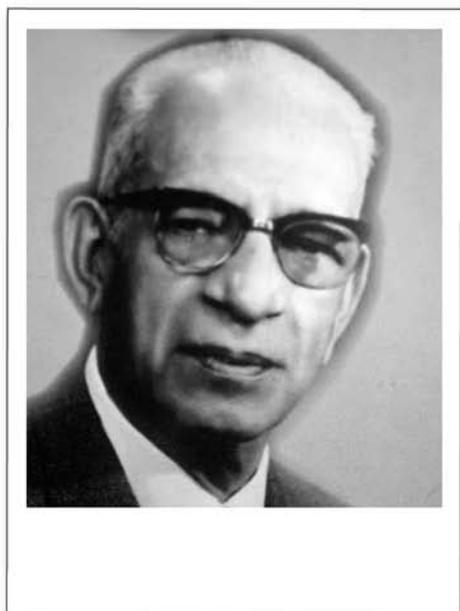
A la distancia de más de 60 años de la creación de la Asociación Interamericana de Contabilidad en el Caribe legendario, dedico esta brevíssima semblanza, declarando que el espíritu de don Roberto sigue alimentando nuestro movimiento continental: Presidió la II Conferencia en México, en 1951; en la III, en San Pablo, Brasil, es reconocido como Contador Emérito, primero en ostentar tal distinción que luego se ha de llamar "Contador Benemérito". La VIII, celebrada en Caracas, en 1967, llora al maestro que recién el 30 de mayo ha iniciado su retorno a la casa del Padre, y el Hemisferio lo inmortaliza al establecer el Premio Roberto Casas Alatraste para que así, con su ánima vital, continúe estimulando en los contadores de América el estudio y la investigación profesionales al servicio del progreso y del equilibrio entre los hombres.

En los libros de visitas de todos los organismos profesionales de América, leí emocionado los mensajes manuscritos que el maestro Casas Alatraste iba dejando, y recuerdo haber leído en el del Instituto de Contadores del Perú, junto con su afectuosa exhortación a la superación profesional de su colegas, la estrofa del poeta limeño, José Santos Chocano, que él mismo conoció y trató en México:

“La sangre es española e incaico es el latido;  
y de no ser poeta, quizás yo hubiera sido  
un blanco aventurero o un indio emperador”.

Don Roberto, Contador Benemérito de las Américas, infundió este espíritu universal a los propósitos de unificar en todo el orbe las elevadas normas de la profesión contable. Los trabajos que hoy acercan, cada vez con mayor vigor, a los contadores públicos de todo el mundo en una Federación Internacional de Contadores eficaz y dinámica como es hoy la IFAC, eran un sueño remoto cuando don Roberto llevaba ya su impulso universal a los Congresos Internacionales de Contadores, en los que participaba con juvenil entusiasmo y sabia madurez, a partir del celebrado en Nueva York, en 1929, después en Londres, en 1933; más tarde, en 1952 y 1957, en la capital del Reino Unido y en Amsterdam y, finalmente, en 1962, otra vez en Nueva York, en el que dejó grabada su influencia para la formación, algunos años después, del Comité Internacional que llevaría a feliz término la constitución de nuestra actual Federación Internacional.

Los contadores públicos de México, de América y del mundo todo le debemos la grandeza de integrar hoy la profesión respetada que sirve con la verdad al progreso de los hombres.



**DON RAFAEL MANCERA ORTIZ**  
(1895 - 1968)



Esta es una oración devota para recordar con gratitud y afecto en las celebraciones de la patria al ilustre mexicano don Rafael Mancera Ortiz, que murió el 30 de septiembre de 1968. El maestro Mancera fue un profesional de grandes ideales, firme guía de numerosas generaciones predestinadas con él a forjar una nueva disciplina útil para México, caballero sin tacha en la vida pública, amoroso y ejemplar en la intimidad gozosa de su familia y de sus muchos amigos.

La mía no es una nota personal, sino el sentimiento colectivo expresado en nombre de miles de contadores públicos que agradecemos al maestro Mancera Ortiz su eminente contribución a nuestra disciplina profesional, cuyo perfil de seriedad, independencia, solidez y prestigio contribuyó a forjar, seguro de que cumplía así la misión que la vida le señaló.

Año de 1917. Eran aquellos tiempos duros de la Revolución y aún no se apagaba el fragor de las batallas; al impulso de un pequeño grupo de contadores surgió una agrupación profesional que celebraba sus sesiones mensuales en el restaurant "Giacomini" de la Ciudad de México, bajo el nombre de Asociación de Contadores Titulados.

El joven Rafael Mancera era un asiduo y entusiasta promotor del trabajo de la Asociación y en su acendrado estudio metódico, ordenado y silencioso, se incrustó la conciencia -el grito bronco de la lucha armada tan dentro de él- que lo llevó a participar en los cambios que urgía realizar.

Tales son su fuerza y su presencia en la fundación del Instituto de Contadores Públicos Titulados de México, el 6 de octubre de 1923, transformación real de la Asociación original de cuyo primer consejo directivo don Rafael es secretario.

1929 es el año de la gesta universitaria coronada por la autonomía; se establece la Facultad de Comercio y Administración; el Instituto de Contadores ya ha adoptado su reglamento de Ética Profesional, y a partir de 1932 se promulgan diversas leyes que requieren la intervención de contadores públicos en varias operaciones relacionadas con la emisión de bonos y obligaciones, con la concesión de créditos bancarios, con el registro de valores en Bolsa.

La profesión contable expande sus escenarios de servicios múltiples hacia todo el territorio nacional. En 1944, se expide la Ley de Profesiones que confirma la necesidad de título para ejercer la Con-

taduría. Las facultades y escuelas crecen; se establecen colegios de contadores públicos en el Distrito Federal y en muchos estados de la República. El maestro Mancera no es solamente un testigo de eminente calidad de aquellos acontecimientos, sino un activo participante de ese proceso de desarrollo, de crecimiento y de prestigio de la profesión contable en México.

Si la década de los años veinte representa la etapa de la afirmación del México contemporáneo que surge esplendente de su Revolución social transformadora, la de los años sesenta equivale a la década de la consolidación de la contaduría pública mexicana: se confirma el carácter de organismo rector de la profesión contable en el Instituto Mexicano de Contadores Públicos, sólidamente integrado como organismo nacional que habrá de convertirse, poco después, en la Federación de los Colegios de Contadores Públicos establecidos en la República Mexicana. Rafael Mancera Ortiz cumple en ambos momentos históricos el recio carácter del dirigente, del promotor, del renovador, del profesional por excelencia.

La profesión contable tiene una deuda de gratitud con don Rafael Mancera Ortiz. Evocar aquí la grandeza de su contribución, de la que todos los contadores públicos mexicanos somos beneficiarios, es apenas un sencillo acto de reconocimiento de nuestro compromiso siempre presente. No tendría sentido rendirle homenaje y dejarlo en su tiempo. Inscribámoslo en el momento actual. Renovemos aquí, en homenaje al inolvidable Maestro, nuestra profesión de fe en la Contaduría Pública, nuestro deber superior con el Instituto Mexicano de Contadores Públicos que él contribuyó a fundar y a desarrollar con tanto amor, seguro de que nosotros seremos capaces de preservar el prestigio que él nos legó.

Permítanme terminar estas palabras con una cita del propio Maestro, tomada de la conferencia que sustentó ante un grupo de empresarios, el 29 de julio de 1947, acerca de la historia y fines de nuestra profesión:

*“La profesión del contador, por su índole misma, inclina a la rectitud, a la sobriedad, a la eficiencia, al cumplimiento del deber, a la honradez, a la exactitud, a la laboriosidad, a la investigación y, sobre todo, a la conservación de la fama y del buen nombre de quien la ejerce”.*

*“Y así es como los contadores públicos debemos actuar y vivir, de tal manera que al dejar el campo a nuestros sucesores, merezcamos una lápida en nuestro sepulcro, semejante a la que se ve en la iglesia de Santa María, en Bukinhamshire, Inglaterra, la cual dice así: “Aquí yace Richard Bowle, quien fielmente sirvió a varios señores como auditor en esta tierra, pero que también se preparó para rendir cuenta de sí mismo al Señor de los cielos”.*

Así vivió el contador público don Rafael Mancera Ortiz. Para él nuestro homenaje fervoroso y nuestra eterna gratitud.



**DOÑA REFUGIO A. ROMÁN**  
(1898 - 1960)



No sólo la respetábamos por el noble porte con el que envolvía su sabiduría, su sencillez y su alegría al llegar puntual todas las mañanas a regalarnos su cátedra de “Prácticas Comerciales”, en el aula medio fría de aquel añoso y querido edificio de las calles de Serapio Rendón que ocupaba el Instituto Tecnológico de México, en la Colonia San Rafael, de la entonces aún leal Ciudad de México del año 1952; todos sus alumnos amábamos realmente a doña Refugio Román por aquella su natural disposición a educarnos, a hacernos mexicanos por bien y ciudadanos cultos y comprometidos, tal y como lo pregonaba el ilustrado lema del libro que escribió bajo el mismo título para enriquecer su clase: *“Enseñar al que no sabe es servir a la humanidad”*.

Doña Refugio Román es una de las primeras cinco contadoras de comercio egresadas de la Escuela Superior de Comercio y Administración (ESCA), en la que fue, según lo registran todas las memorias, una brillante estudiante y activa participante en la mesa directiva de su sociedad de alumnos, convirtiéndose posteriormente en la primera mujer Contadora Pública al revalidar su diploma de Contador de Comercio por el título de Contador Público, en 1929, así como también la primera que hizo del ejercicio independiente de su profesión una práctica de alta calidad bien reconocida por las empresas, personas y organismos a los que sirvió con eficiencia y lealtad.

De sus felices años estudiantiles es debido traer a nuestra recordación en estas líneas, la nobleza de sus ideas y sus acciones al decidirse a formar una comisión femenil que muy pronto se transforma en la confraternidad de alumnas y que, bajo su dirección y ya desde entonces reconocido y amoroso liderazgo, ayuda a las compañeras más necesitadas a progresar en sus estudios y encontrar trabajo para su propio desarrollo. Esta misma vocación de solidaridad con su género la llevará, años después, a promover la creación de la Comisión Femenil del Colegio de Contadores Públicos de México, que a la fecha continúa sirviendo con la tradicional alegría y efectividad de nuestras colegas en el patrocinio y organización de actos culturales y de importante desarrollo profesional.

Es más que evidente la influencia de la maestra Román en la conformación de planes y comisiones de trabajo en nuestro Colegio de Contadores, pues a su fundación, en 1949, concurrió llena de entusiasmo y visión al lado de don Rafael Mancera Ortiz, su primer presidente, y de don Roberto Casas Alatraste, también protagonista

ilustre de su gestación. Me parece recrear los diálogos entre don Rafael, don Roberto y doña Refugio en aquellos años iniciales no exentos de dificultades, y la suave ilustración que a ellos habrá sabido aportar nuestra entrañable maestra, inteligente y visionaria, a la vez que suave, hermosa y solidaria. Hoy, saludamos la memoria de los tres fundadores en el vestíbulo de entrada del edificio del Colegio, en los capiteles dedicados a ellos, y el recuerdo que nos suscita ese saludo guardará para siempre nuestro tributo de agradecimiento y admiración.

Esta breve semblanza de doña Refugio Román, inscrita en la galería de nuestros maestros precursores de grandeza, quiere hacerse eco colectivo de los muchos alumnos que, en número incalculable, recibimos la gracia de sus enseñanzas y de sus consejos, dentro y fuera del aula. Cuántos no habremos sido, si ella se inició desde muy joven como maestra; primero, desde luego, en la ESCA, su *Alma Mater*, y luego en la Escuela Bancaria y Comercial, la Miguel Lerdo de Tejada, exclusiva para mujeres, la Doctor Mora de grandes augurios internacionales y el Instituto Tecnológico de México, antecesor con sus inspiraciones y enseñanzas a nosotros, sus alumnos, del actual ITAM.

Si la maestra Román recibió dones a manos llenas, como ella misma lo reconocía y nos lo llegó a confiar algunas veces a sus alumnos cercanos, bien supo multiplicarlos en respuesta al mandato que recibió. Además del libro “Prácticas Comerciales”, que nos regaló con sus eruditas explicaciones en la clase que dictaba, a la cual ya me he referido, mismo que después editó en el clásico de su época, “Práctica Comercial Mexicana”, Refugio Román es autora de varias obras sobre temas técnicos y de invaluable contribución al desarrollo de nuestras actividades profesionales de su época: “Interpretación y Análisis de Estados Financieros”, “Cálculo Mercantil y Operaciones Crediticias” y “Cálculo Mercantil Analítico y Arbitraje sobre Cambios”.

Buena conocedora de la urgencia de enlazar nuestras doctrinas profesionales con las de la economía social en bullente movimiento, también aporta sus inquietudes profesionales en varios tratados sobre las “Causas de las huelgas y forma de evitarlas”, “Cuáles pueden ser los resultados de la creación del Banco de Estado” y “Causas de la depreciación monetaria”.

Este apunte sobre la contribución de la maestra Refugio es, a la distancia del tiempo transcurrido, una apología de quienes, como

ella, supieron entender el compromiso de corresponder por los bienes recibidos en una sociedad caracterizada por la injusticia en la distribución de los bienes y el acceso al conocimiento, para que en el tiempo nuestro nos preguntemos si estamos dispuestos a actuar como ella lo hizo.

En el recuento de sus hermosas aportaciones como profesional de la Contaduría Pública, enamorada de su patria, no puedo dejar de aludir a su incursión en el campo de la literatura y la poesía como fundadora de la revista “Orientación”, como novelista en su visión de “Iztaccihuatl” y en la oda “La vida de Clementina Isaura”, merecedora de premios literarios.

Descendiente directa de los héroes precursores de nuestra guerra de Independencia y de nuestra Revolución Mexicana, doña Refugio Román fue alumna brillante y solidaria con sus compañeras; maestra sabia, generosa y desprendida; profesionista innovadora y ejemplar; autora de textos y ensayos adelantados; fundadora insigne de instituciones gremiales de servicio. Refugio Román fue mi preceptora, fue mi guía.



**DON SEALTIEL ALATRISTE ÁBREGO**  
(1904 - )



Ir adelante del tiempo es manifestación natural de todo precursor, y el maestro Sealtiel Alatraste lo fue por la dignidad y el señorío de su presencia, de su palabra y de su actuación profesional a lo largo de toda su vida, con las que anticipó y contribuyó a forjar la grandeza de la Contaduría Pública mexicana del siglo XX.

El lugar que lo vio nacer era conocido en 1904 como “Villa de Libres”, al norte del estado de Puebla, por la fama liberal de sus pobladores, uno de ellos su ilustre bisabuelo, el abogado y general don Miguel Cástulo de Alatraste, amigo del presidente Juárez y constituyente de 1857, héroe de la defensa contra el imperialismo francés cuyas huestes invasoras lo fusilaron en 1862. Hoy la villa mantiene dicha nomenclatura, pero elevada a la condición de municipio libre la ubicamos en el mismo territorio del norte poblano como Ciudad de Libres; también sabemos que antes de la conquista española era un importante asentamiento llamado Hueytlalli, que en lengua nahuatl significa “Tierra grande”, más propiamente “Tierra de grandes”.

Grande, en efecto, fue don Sealtiel, quien no obstante la sencillez de su espíritu llegó a comprender la importancia de ampliar los campos de estudio, de observación y de trabajo, proclamando con claridad y con hechos, como quizá ningún otro de nuestros contemporáneos, la importante relación entre la contabilidad, la economía y el derecho.

Es así que después de obtener el título de Contador de Comercio por su amada Escuela Superior de Comercio y Administración (ESCA), en la que estudió cuando el insigne doctor Alfonso Pruneda –miembro del Ateneo de la Juventud, primer rector de la Universidad Popular Mexicana y después rector de la Universidad Nacional- era su director (1917-1920), Sealtiel Alatraste recibe el título de Licenciado en Economía por la UNAM, en 1941, en cuyas escuelas de Comercio, de Economía y de Derecho tiene a su cargo posteriormente diversas cátedras, además de las que en su tiempo dicta también en la ESCA, para ofrecer en los años postreros de su generosa existencia una activa participación como vocal financiero de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

De esa erudita conjunción de su talento surge la obra clásica “Técnica de los costos”, en una primera edición de 1944, que llega a reeditarse hasta la 36ª de 1990, obra de consulta útil y obligada por

todos los estudiosos e interesados en tema tan importante, que ha trascendido los campos naturales de la contabilidad y la economía para llegar a los terrenos especializados de la ingeniería y hasta de las proyecciones científicas de nuestro tiempo presente.

¿Cómo no percibir, mientras esto escribo y ustedes leen del maestro Alatríste la breve semblanza de su vida grande, la certeza de que una numerosa legión de profesionistas de la Contaduría nos podíamos sentir seguros, orgullosos y comprometidos al sabernos aleccionados en nuestro despertar a la vida del trabajo profesional por un predecesor como él?; ¿cómo no recordar en la voz firme y al mismo tiempo amable de don Sealtiel las explicaciones que hacían claras las obscuridades de la técnica, de la política, de la ciencia?; ¿cómo llenar hoy nuestros espacios vacíos y ávidos del liderazgo que a todos nos convoque con igual sabiduría, honradez y sencillez como la de nuestro llorado maestro?

El conocimiento de las diversas disciplinas técnicas que Sealtiel Alatríste dominaba y ahora estoy destacando en su recordación, nos hablan de su notable desarrollo profesional en el ejercicio independiente de la auditoría, que realiza, primero, en el despacho de don Roberto Casas Alatríste, su primo tan cercano, y más tarde en su propia firma que funda y continuarán sus hijos bajo su sabia dirección.

Don Sealtiel alcanza a comprender muy bien la dimensión que puede llegar a tener nuestra actividad profesional por excelencia si es orientada al mejoramiento de una administración pública comprometida con los principios de la eficiencia, de la eficacia y de la ética, en procuración de un mayor bienestar para la sociedad mexicana, que a la mitad del siglo se expande con impetuoso auge y aún confía en la gestión gubernamental como garante de los postulados sociales consagrados en nuestra Carta Magna. Su clara visión y su noble vocación de servidor público, aunadas a su determinación de demostrar que la Contaduría es una disciplina con conciencia social le permitirá llegar a ocupar, entre 1959 y 1964, la Subsecretaría de la entonces llamada Secretaría del Patrimonio Nacional, desde la que promueve y llega a establecer la importante normativa de que los despachos de contadores públicos independientes se involucren en la responsabilidad de evaluar la calidad de la gestión pública y aporten su experiencia profesional como auditores externos de las entidades paraestatales que hoy, 50 años después, mantiene el principio básico de que la auditoría

de los estados financieros de dichas entidades se lleve a cabo en tiempo real y conforme a las normas de auditoría generalmente aceptadas, bajo la supervisión de la Secretaría de la Función Pública, heredera, aunque un tanto deformada, de aquella visión de alto y puro nacionalismo del maestro Alatríste Ábrego.

Su capacidad profesional y su intachable consagración al servicio público son reconocidas por el presidente Gustavo Díaz Ordaz, quien al principio de su mandato en 1964 lo designa Director General del Instituto Mexicano del Seguro Social; pero el presidente no resiste la independencia de carácter, la gravedad de porte y la indeclinable y limpia vocación de servicio del maestro Alatríste en tan delicada responsabilidad, y al estilo diazordacista tristemente célebre, lo hace renunciar en 1966. Nos consta a todos que el maestro Sealtiel jamás pronunció queja o palabra negativa alguna sobre Díaz Ordaz respecto de aquel hecho, y con elevada caballerosidad y honorable imperio de razón regresó a su firma para continuar prestando excelentes servicios al público como profesional independiente de altísima capacidad.

La reconocida amplitud de conocimientos del maestro don Sealtiel Alatríste y su avidez por ensancharlos en un enorme abrazo multidisciplinario que lo llevara a servir a su comunidad con mayor capacidad, sólo fue superada por su convicción personal de ofrendar su persona y su talento a favor de los demás. No dudo que esta certeza la enriqueció a lo largo de toda su existencia por el amor a la Contaduría Pública, profesión de horizontes plurales, a la que sirvió también honorablemente como presidente del Colegio de Contadores Públicos de México, de 1952 a 1954, y del Instituto Mexicano de Contadores Públicos, en el bienio 1956-1957.

El Instituto Politécnico Nacional, en pleno reconocimiento a la trayectoria humana y profesional del maestro Sealtiel Alatríste, le otorgó en 1988 la presea Lázaro Cárdenas, honor y merecida distinción que hoy le seguimos tributando.



**DON RAMON CARDENAS CORONADO**  
**( 1909 - 1993 )**



En las primeras horas del día anterior a la Navidad de 1993, el maestro don Ramón Cárdenas Coronado murió cubierto por la dulzura del hogar hermoso en su natal Monterrey, envuelto en la paz que los ángeles le cantaban ya.

La conjunción es emocionante. Si algo nos conmueve de la historia del Hombre en la tierra es su advenimiento en escenario tan humilde, quizá el más pobre de Belén aquella noche. Con toda la grandeza de su Divina Majestad, señalado para realizar la más trascendente misión que registran los siglos, Jesús nace en la pobreza...

El maestro Cárdenas Coronado es grande de la Contaduría. Las generaciones que le precedieron, pero muy especialmente las futuras -tan urgido su juvenil espíritu de identificar y venerar las figuras ejemplares que forjaron la nobleza de su profesión en México-, han de recrear el recuerdo de Don Ramón y de su enorme contribución a esta causa; lo que le valió, ciertamente, el reconocimiento de muchos en Monterrey, tierra de grandes como él, “tercos y triunfadores”; de muchos también en la ciudad de México, desde luego, y en el país entero, por esa grandeza misteriosa del hombre que se agiganta en espíritu y en sabiduría, tanto más cuanto más se empequeñece a sí mismo.

Estoy hablando del atractivo enlace del querido maestro entre su presencia física sencilla -sencilla de auténtica grandeza mexicana- y su inteligencia superior, su visión certera, sus profundos conocimientos, que así, desde esa plataforma de tan hermosa cuanto poco frecuente actitud entre los humanos, lo proyectaron en toda su dimensión de hombre útil, comprometido y generoso, amable y lleno de bondades...

Don Ramón Cárdenas Coronado fue realmente un sabio según la clara advertencia de T.S. Eliot: la única, la verdadera sabiduría, es la humildad, y estas breves líneas son apenas un rosario mínimo de recuerdos emocionados que quiero inscribir en el instante del recuerdo del inolvidable maestro, lleno de afecto y agradecimiento por las muchas enseñanzas que nos dio, aun a aquellos que no fuimos sus alumnos en el aula, pero sí en el sendero de la vida y de la profesión.

De su formación profesional es muy grato recordar que, en 1928, a la edad de 17 años, toma la decisión de viajar a la capital e inscribirse en la Escuela Superior de Comercio y Administración (ESCA), y

a raíz de la autonomía universitaria de 1929, al crearse la Facultad de Comercio y Administración, pasa a esta para terminar sus estudios y presentar su examen profesional, en 1935, con la tesis “La industria del hierro y explotación de minas”, de claro raigambre y orientación neolonesa, y así regresa muy bien preparado a servir a su comunidad natal en Monterrey.

Es particularmente singular su dedicación en esos primeros años del retorno, y en octubre de 1952 ve culminada su activa participación en la fundación de la Facultad de Contaduría y Administración de la Universidad Autónoma de Nuevo León, lo cual es reconocido por su rector en la ceremonia inaugural, promoviendo en seguida su designación como primer director. A la fecha, su querido nombre corresponde al de la biblioteca de la facultad, y así se proyecta hacia el futuro de tan noble institución.

Siempre que le fue posible, lo mismo en la intimidad con sus cercanos amigos, que en actos y celebraciones profesionales y académicas, don Ramón nos revelaba la enorme satisfacción -que percibíamos como la mayor de todas las que su larga dedicación profesional le pudo proporcionar- de haber logrado traducir al español, con la colaboración del Dr. Giorgio Berni, el “*Tractatus de Computis et Scripturis*” de Fray Luca Pacioli, parte de la famosa SUMMA en la que, como debe saberse, el ilustre monje franciscano hizo la primera exposición sobre la forma de llevar las cuentas por partida doble, según consta en la edición original de Venecia, en 1494.

Don Ramón Cárdenas culmina la hazaña y presenta la gran obra, vertida a nuestra lengua, en una bella edición de homenaje a la Facultad de Comercio y Administración de la UANL, al celebrarse en 1962 el X Aniversario de su fundación, habiendo contado para ello con la participación de su riguroso Centro de Investigaciones, recién creado también por él, en 1961.

El maestro Cárdenas Coronado había primero viajado a Italia, hacia 1957, en donde realizó su viejo y caro sueño de localizar el Tratado de Pacioli, del que tuvo la fortuna de adquirir el original de su segunda edición.

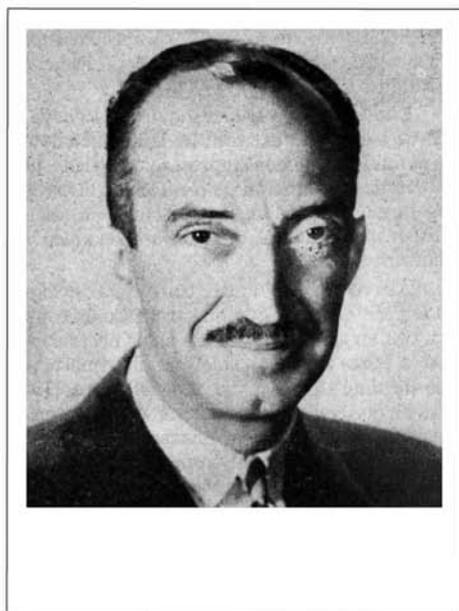
La edición en español así forjada, gracias al empeño de don Ramón, fue llevada antes por él mismo a la VI Conferencia Interameri-

cana de Contabilidad celebrada en Nueva York, el año de 1961, y presentada a la comunidad profesional de habla castellana para “traer nuevas inquietudes de estudio e investigación a nuestros espíritus, estos espíritus nuestros del siglo XX que, dígame lo que se diga, rinden aún culto fervoroso a la sensibilidad y a los valores humanos”, según sus propias palabras, que, admirado, copio de su dedicatoria incluida en la primera edición.

La profesión contable, sus organizaciones gremiales y las Facultades y Escuelas de Contaduría de México y de todos los países iberoamericanos, rindieron a Luca Pacioli en 1994 -a los 500 años de la aparición de la SUMMA -, multitud de homenajes y reconocimientos en idioma español. El maestro Emérito don Ramón Cárdenas Coronado, Contador Benemérito de las Américas, estuvo presente en cada una de esas celebraciones, y su nombre se seguirá oyendo, expresamente verbalizado o dentro del espíritu abierto, en todas ellas.

El tiempo, ese inasible arenero que se nos agota implacable, sólo puede ser trascendido entre nosotros -asegura un filósofo- a través de la obra mística o de la creación estética... Así, don Ramón nos acompañará siempre en nuestro espacio terrenal desde su gloria, porque supo trascender la vida al andar por estos dos caminos blancos, simultáneamente, con el corazón a pie.

Y como perla en oro al final de estas reflexiones - paráfrasis del engarce poético de Díaz Mirón que muchas veces recité a dúo con el maestro, sensible y tierno también - elevo un íntimo y póstumo recuerdo.



**DON WILFRIDO CASTILLO MIRANDA**  
(1909 - 1957)



Hoy, por ventura, la memoria nos lleva a recordar la personalidad entrañable del Maestro Wilfrido Castillo Miranda. Nadie como él suscitaba el espíritu de franca camaradería y de fácil comunicación entre alumnos y maestros, amigos y colegas, al iniciar siempre sus alocuciones con aquel su cercanísimo “*muchachos*”, que encendía una atmósfera de animación y convivencia únicas. La nostalgia es casi socrática al evocar al Maestro, íntimo y afectuoso, rodeado de discípulos en el vasto y venturoso jardín de su sabiduría, de su ingenio y de su elocuencia.

El conjunto de rasgos que caracterizan ante la sociedad al Contador Público como un profesional de elevada preparación académica y con visión universal para transformar la realidad y no simplemente medirla y disfrutarla, fueron delineados por el Maestro al avistar que México requería un nuevo tipo de profesionista, capaz de resolver satisfactoriamente los complejos problemas de organización y administración que el pujante desarrollo económico del país nos exigía.

El año 1950 fue centro puntual en que convergieron los miembros de la sociedad mexicana para conmemorar, a la luz brillante de un nacionalismo significado por nuestra cultura milenaria -que ahora parece estar perdiendo la claridad de sus perfiles- un proyecto de país que emergía firme y progresista. La Universidad Nacional Autónoma de México recién había designado a don Wilfrido Castillo Miranda director de su Facultad de Contaduría y Administración (FCA), entonces llamada Escuela Nacional de Comercio y Administración, y bien pronto el Maestro fundamentó un nuevo Plan de Estudios para nuestra carrera, el Plan 51, en sólidos principios humanísticos y de formación general extendida a los nuevos enfoques de la Administración, que en 1957, durante el segundo período de la gestión directiva del Maestro, consiguió del Consejo Universitario, con visionaria lucidez, elevar al nivel de nueva licenciatura en la UNAM, hoy felizmente ofrecida, para bien de México, en casi todas nuestras instituciones de enseñanza superior.

Nuestra Máxima Casa de Estudios reconoció a Castillo Miranda como Maestro Emérito porque fue precisamente en su seno donde habló su espíritu infundido de adhesión amorosa a la causa de su patria, de sus hijos y, en un ámbito más cercano, de su profesión y de sus colegas. Además de Director de la FCA, sirvió a la Universidad y a la comunidad como catedrático, como miembro de la Junta de Gobierno y como Patrono Universitario.

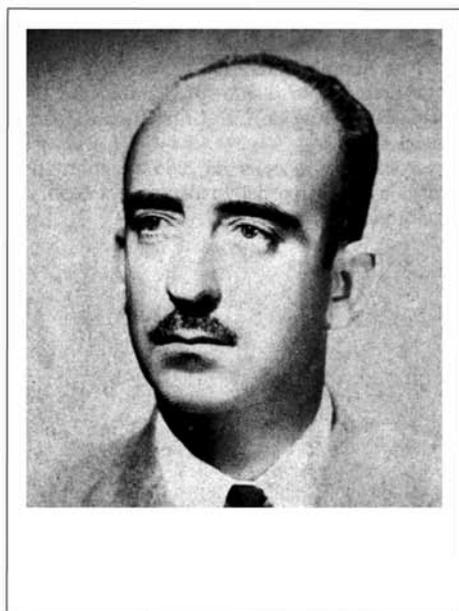
Mas hemos de entender –y manifestar por ello nuestra satisfacción y agradecimiento- que don Wilfrido había encontrado su verdadera profesión, con un claro e inmediato conocimiento de sus alcances y de su aliento, en la Contaduría Pública; así nos es posible apreciar hoy que, además de promover y lograr su engrandecimiento desde la Universidad, la sirvió al ejercerla y participar con gran visión y no menos valor y eficacia, en la fragua y emisión del Decreto que creó la Auditoría Fiscal Federal, en abril de 1959.

Muchas palabras y mucha tinta se han vertido desde entonces y más recientemente al celebrar el cincuentenario de este notable suceso. Se ha hablado mucho de lo que contribuyó a aumentar el número de socios de nuestro Colegio, del IMCP en su conjunto y también de otros colegios; y del estímulo e invectiva que significó en la creación y desarrollo de nuevos procedimientos de recaudación impositiva en México.

Lo que no se ha destacado suficientemente es que en el pensamiento del Maestro Castillo Miranda, iluminado desde la renovación nacionalista de los planes de estudio universitarios de acuerdo con necesidades e idiosincrasia propios, sin necesidad de introducir métodos extranjeros incompatibles con nuestra realidad, estaban los miles de jóvenes que en el futuro inmediato tendrían la oportunidad de desarrollarse para servir como profesionales independientes y agradecer a las grandes firmas el entrenamiento que pudieron brindarles en el proceso de su formación, tal y como lo hemos visto en la evolución de nuestra profesión desde entonces hasta la fecha.

Finalmente, es propicio rendir un tributo especial a don Wilfrido Castillo Miranda por su gestión como Presidente del Colegio de Contadores Públicos de México en el bienio 1960-1962, y también recordarla con gratitud bajo las perspectivas de profundo humanismo y de amor a la cultura nacional que la distinguieron, mismas que, a ejemplo del maestro hoy devotamente recordado, han de inspirar en todo tiempo nuestro desempeño como profesionistas mexicanos.





**DON ALFONSO OCHOA RAVIZÉ**  
(1913 - 1992)



Todo precursor anuncia tiempos felices por venir; y la historia del hombre en la tierra nos revela el advenimiento de grandes modelos de justicia y libertad siempre anticipados por el humilde y casi desértico caminar de quien, con un firme sentido de esperanza, nos los augura de manera casi silenciosa, pero luminosamente.

Esta reflexión que me inspira la buena nueva de todos los tiempos tiene en don Alfonso Ochoa Ravizé una hermosa y puntual confirmación.

Su temple de seriedad y grave circunspección no impedían descubrir de inmediato, en el obsequio de su educada fineza, un aire de dulzura y de bondad que todo lo suavizaba, y cualquiera que fuera el asunto que tuviéramos que tratar bajo su liderazgo u orientación —ya de profunda técnica, ora de proyección institucional no exenta en ocasiones de conflicto (recuérdese la epopeya de la “mexicanización” de los nombres de las grandes firmas en 1969), lo mismo en temas académicos o de conducta profesional y personal— resultaba maravilloso llegar a acuerdos satisfactorios para todos, porque te hacía sentir que tal solución tú la habías propiciado, siendo él realmente, en la sencillez de su sabiduría, quien así lo deseaba y conducía conforme lo tenía previsto.

El Maestro Ochoa Ravizé aportó sus extraordinarias cualidades al desarrollo de la profesión contable como Presidente de nuestro Colegio durante el bienio 1968-1970, y las sesiones del Consejo Directivo por él dirigidas semejaban verdaderos torneos de caballerosidad, de inteligencia, de simpatía, de generosa contribución, en las cuales brillaban a su lado otros sabios maestros como don Armando Ortega Pérez de León, don Carlos Isoard Jiménez de Sandi, don Mario Suárez del Real y don Salvador Meljem Martínez, tan sólo para mencionar, también con devoto afecto, a algunos de quienes se nos han adelantado ya.

El director del Boletín Semanal asistía invariablemente a las juntas del Consejo para conocer de primera mano los principales asuntos de la vida institucional y luego participarlos a la membresía a través de las páginas de nuestro periódico oficial. Por ello, al escribir esta semblanza de don Alfonso estoy recreando vivamente con emocionada gratitud la deferencia de su trato personal a quien, como yo, ocupaba el último de los escaños en aquella mesa de talentos.

El maestro precursor venía a esta noble actividad directiva precedido de grandes honores. En 1944 había sido designado Director de la Escuela Nacional de Comercio y Administración (hoy Facultad de Contaduría y Administración) de la UNAM, en la que obtuvo su título profesional de Contador Público, en 1933, como uno de los alumnos de la primera generación de la Facultad, provenientes de la Escuela Superior de Comercio y Administración, a raíz de la promulgación de la Ley Orgánica de la UNAM en 1929.

En su carácter de director de la Facultad llega a ser miembro del Consejo Universitario y participa brillantemente en los estudios y trabajos para promulgar la Ley y el Estatuto Universitario.

La historia contemporánea da cuenta de que el entonces Rector de la UNAM, el Dr. Salvador Zubirán, sale de Rectoría por un movimiento político, y la Junta de Gobierno designa a don Alfonso Ochoa Ravizé –por obvias razones y bien reconocidas sus virtudes humanas y su calidad profesional- responsable de las funciones administrativas de la Rectoría, que ejerce del 24 de abril al 1 de junio de 1948.

Posteriormente, corriendo el año 1967, la Junta de Gobierno nombra al Maestro Ochoa Ravizé miembro del Patronato Universitario, correspondiéndole por acuerdo de los miembros de este su primera presidencia de carácter rotatorio, desde la que delineó, con visión precursora, el carácter autónomo que hasta la fecha ostenta ese cuerpo universitario, especialmente frente a las otras autoridades.

Esta sentida recordación de don Alfonso Ochoa Ravizé, plena de gratitud y reconocimiento, debe concluir con una exhortación a todos los socios de nuestro Colegio, en particular a los más jóvenes, con palabras propias del maestro:

*Es indispensable que, con nuestras acciones, en el desempeño de nuestras tareas, en nuestras relaciones con los diversos sectores de la sociedad, logremos fortalecer el respeto a nuestra profesión, que es altamente organizada, con muchos principios éticos que nos dan prestigio y, también, nos dan confianza. Si realizamos nuestro trabajo con agrado, nos veremos recompensados con el respeto que nos brinde la sociedad.*





**DON HÉCTOR A. NOVOA LÓPEZ**  
( 1917 - 2008 )



Recrear con afecto hechos y personajes de épocas pasadas de la Contaduría y de nuestro Colegio es inscribirlos en el momento actual y no quedarnos en meros homenajes y tributos pasados, de admiración y de recuerdos.

La bella máxima latina *Affectio Societatis* me lleva de nuevo a recordar hoy con entrañable emoción a don Héctor Novoa, maestro inolvidable de incontables generaciones de contadores públicos del Instituto Tecnológico de México (hoy ITAM) y notable precursor de la difusión de la cultura contable a cargo del Instituto Mexicano de Contadores Públicos, nuestra Federación de Colegios.

Distinguido egresado de la Escuela Superior de Comercio y Administración (ESCA), el Maestro Héctor Novoa funda en el ITM la Cátedra de Contabilidad de Costos -a la cual supo imprimir esa única cualidad de autoridad, conocimiento y profunda seriedad que a las cátedras les corresponde en la historia- Héctor nos regaló muy pronto a sus exigidos alumnos la verdad de un interior amable, suave, sencillo y en extremo amigable, que la rigidez de su deber docente lo obligaba a envolver bajo una actitud implacable dentro del aula y a la hora de calificarnos.

Corren los años cincuenta y sesenta. La imagen del ITM, que desde 1950 opera en una vetusta casona de las calles de Serapio Rendón de la colonia San Rafael, se ha ido consolidando en los círculos académicos. La matrícula, que en sus inicios era de 52 estudiantes, creció a 500 alumnos hacia 1951 debido a la apertura de la Carrera de Contador Público, según reza la historia oficial del Instituto. A finales de los años cincuenta, el ITM se traslada a las instalaciones construidas expresamente para su uso, ubicadas en Marina Nacional 350, en la colonia Anáhuac, pleno corazón de Santa Julia. De la porfiriana San Rafael y pasando por la proletaria Santa Julia, el flamante ITAM se mudará poco después a la elegante San Ángel; todo un camino santoral, pues.

Bajo la sabia dirección general de don Agustín de la Llera, con don Francisco de la Maza a su lado como Secretario General del Instituto, muchos fuimos formados en aquellos felices años por la erudita enseñanza de Héctor Novoa y otros maestros de imborrable recuerdo, como José Arce Gómez, Refugio Román, Raúl Niño Álvarez, Daniel Escalante, Fernando Rodríguez de la Mora, Gustavo Mondragón, José

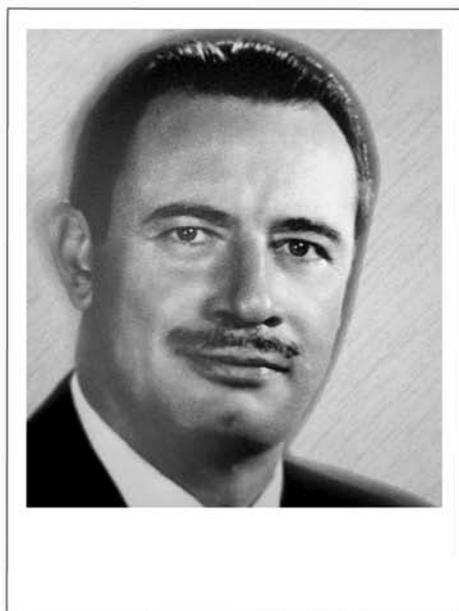
Larios Sedano, Enrique Vélez Villaseñor. Al amparo del recuerdo que me mueve a venerar la memoria de Héctor y a agradecer su inolvidable afabilidad, no puedo dejar de inscribir en esta dedicatoria a los íntimamente más cercanos, sin omitir que el calor y simpatía de su abrazo los cubre a todos: profesores y alumnos, entrañables compañeros de una vida que entonces sonreía aún al servicio de la justicia.

El maestro Héctor Novoa llegaba siempre puntual a dictar su clase de las 7 de la mañana, y ya antes había nadado durante una hora en la YMCA, la famosa “Y”. Luego, saliendo de clase muy temprano aún, en aquellos años de los que hago nostalgia, se dirigía a aportar su comprometido talento a la CEIMSA (Compañía Exportadora e Importadora Mexicana), aquella iniciativa precursora de la Conasupo que inició sus operaciones en 1956 en los barrios más pobres del Distrito Federal, a donde llegaban camiones cargados de frijol, arroz y lenteja básicamente, así como huevo y leche en pequeñas cantidades, y cuyo propósito era alimentar con productos de calidad a los que menos tenían, dejando de lado a los intermediarios responsables de las constantes alzas en los precios.

Su amor por la buena lectura y en particular por la historia de México lo supo extender años más tarde a servir al IMCP en su ambicioso programa de publicaciones como miembro de su Comisión Editorial y como Presidente del Jurado Calificador del Premio Nacional de Contaduría Pública, en cuya gestación desempeñó un relevante papel. La vasta experiencia que en estos aspectos tenía como asesor de Editorial Diana la volcó al servicio de nuestra profesión con la silenciosa eficacia de las grandes obras humanas, como la que hoy nos lleva a recordar al Maestro y a admirar la magnitud de la empresa editorial de nuestra Federación profesional.

Al maestro don Héctor Novoa, nuestra admiración y gratitud perennes; ya que su premio superior, el que verdaderamente cuenta -estemos seguros de ello- lo ha recibido ya.





**DON MANUEL RESA GARCÍA**  
(1919 - 2010)



Es una gracia del ser humano superior privilegiar a aquellos a quienes recibe y saluda con verdadero afecto como si se tratara de personas especialmente importantes a su bondadoso y personal interés, incluso en medio de muchos otros que se aproximan al imán de su atrayente personalidad. Tal condición lo asemeja a quien, precisamente por ser el Supremo, nos ama igual a todos, pero a cada uno nos hace sentir el elegido de su ternura.

Don Manuel Resa García me dispensó siempre un trato singular, pródigo en simpatía y cordialidad; y estoy seguro de que todos los que ahora venimos a tributarle nuestro fervoroso homenaje de gratitud en este espacio, apenas unos días después de su pascua, de su paso feliz a la Vida, guardamos idéntico sentimiento.

Estoy hablando del Maestro Resa como de ese ser superior por las entrañables cualidades que adornaron su temple de gran señor, y que, como él mismo nos lo manifestó en íntimos e inolvidables coloquios, sirvió ejemplarmente a su amada profesión contable; pero antes de contador público se reconoció a sí mismo como hijo comprometido de su noble tierra mexicana, y antes aun, con elocuente y sencilla obviedad, como ser humano llamado a la misión trascendental que con fidelidad cumplió hasta el 19 de mayo de 2010, día de su devoto tránsito cual venerable patriarca, a la edad de 90 años.

Si al paso de estas secuencias de cronológica y congruente vitalidad pudimos sus compañeros, colegas y alumnos llegar a apreciar la brillantez laudable de los hechos que dieron especial relevancia a las conquistas profesionales de don Manuel Resa -único contador público llamado en su tiempo a ocupar los tres más altos cargos de servicio y cimentación de la Contaduría: la Presidencia del Colegio de Contadores Públicos de México, la Presidencia del Instituto Mexicano de Contadores Públicos y la Dirección de la Facultad de Contaduría y Administración en la UNAM, reconocido en todos ellos como Maestro Distinguido y Emérito por su generosa misión docente y sus aportaciones notables a la literatura técnica- tal vez sea aún más significativo recrear ahora, en el recinto íntimo que generosos nos abren sus queridos hijos, los nimbos de la cultura y del fervor que llegaron a producirle satisfacciones mayores y el más grande amor.

Diletante de todas las artes y ramas del saber humano, don Manuel tiene especial predilección por la historia, la literatura, la poesía

y la música mexicanas, que no sólo disfruta con sensible y elevada capacidad sino que llega a enriquecer en aportaciones de escritos y memorias, y también en interpretaciones de virtuoso y romántico pianista lírico, conocedor como pocos de la obra de Agustín Lara y de Gonzalo Curiel. El Maestro Resa se inclina reverente ante el imponente caudal artístico de México, que conoce, divulga y aprecia, en especial el de nuestra riqueza arqueológica, de la que con devota constancia a lo largo de su prolífica vida llega a reunir una digna colección particular.

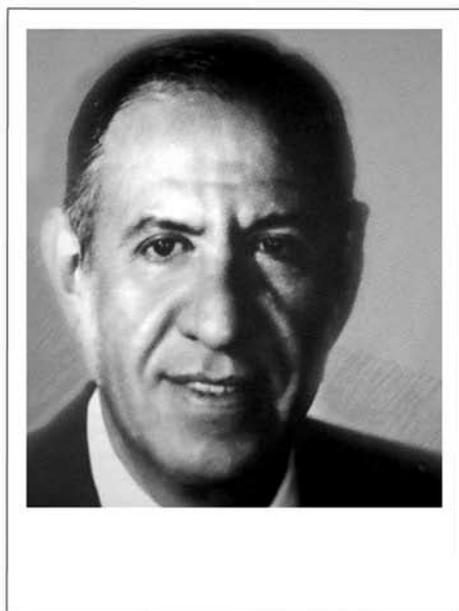
El concepto humanista de la libertad del hombre, que cultiva a fondo, lleva a don Manuel a apreciar la evolución del automóvil, coleccionista al fin, consigue formar también en esta línea un buen acervo que desprendidamente comparte en muestras y exhibiciones. No es otro el impulso que lo anima a aprehender conocimientos, culturas, atmósferas y riquezas milenarias que recorre enamorado por el planeta; así, luego de interminables y sibaritas comparaciones, nos regala la autorizada conclusión de que la mejor cocina es la mexicana.

En la totalidad de este cúmulo de gracias y de dones, la vida de don Manuel Resa no se apreciaría ni entendería sin la recordación amorosa de su incomparable compañera, doña Edel Monroy. Dejémosle a él ese homenaje, que tomo de una parte de sus memorias: *“A ella le debo haber escalado posiciones sociales y profesionales que no dudo en calificar de importantes. Sin ella, eso no hubiese sido posible; por eso, en estas líneas, te dejo mi enorme agradecimiento por haberme acompañado a lo largo de mi vida, con tu apoyo, tu tolerancia, tu respeto y tu inmensa comprensión”*.

Debo cerrar esta sentida semblanza y lo hago destacando en la voz de don Roberto Casas Alatríste, ilustre preceptor suyo y maestro de todas nuestras generaciones, tres virtudes que lo compendian: *“Manuel Resa García es un profesional muy capaz y un ser humano leal, de honradez a toda prueba”*.

Vida y gratitud eternas al maestro don Manuel Resa García.





**DON JULIO FREYSSINIER CORRAL**  
(1919 - 1979)



El 14 de febrero de 1979 don Julio Freyssinier Corral – mi Presi- fue amorosamente llamado por el Señor a rendirle cuentas de su paso por esta existencia efímera, desafiante y bella. Su muerte privó a la profesión contable, en forma inesperada, de uno de sus líderes más populares y queridos.

Al asumir la presidencia del Instituto Mexicano de Contadores Públicos, a partir de octubre de 1971, don Julio se permitió inferir a nuestra percepción - sin dejar de lado su tradicional alegría y su juvenil sonrisa optimista y generosa - la seriedad del desafío que le significaba servir abierta y voluntariamente, desde tan grave responsabilidad, a su amada profesión y a su más importante institución representativa, el IMCP.

Sus sentimientos de grandeza, de alta calidad, de jerarquía y de confianza en nuestro Instituto se tradujeron en notables sucesos nacionales durante los dos años de su gestión, que obviamente impulsaron importantes acontecimientos en siguientes administraciones, y otros, alcanzaron duradera vigencia institucional.

Destacan el estímulo que la más frecuente y sugestiva presencia de Julio –por su intensidad y emocionada simpatía- dió a las Asociaciones Afiliadas ya establecidas, y a la fundación de nuevos Colegios en diversos Estados de la República, con lo cual siguió allanando el camino hacia la sólida Federación que es hoy el IMCP; y la no menos importante decisión de llevar la sede del Instituto a la Colonia Cuauhtémoc e inaugurar ahí la primera “Librería del IMCP” abierta al público, tras haber permanecido por casi cuatro décadas en Dolores 17, en el centro de la ciudad. Esta idea debe asociarse a la visión de largo y luminoso aliento que Freyssinier tenía de su Instituto, y no pensarla como un gesto de fatuidad, no; unos meses antes, Julio ya había suscrito con el Presidente del Instituto Americano de Contadores Públicos (AICPA, por su sigla en inglés) – a la sazón, Leroy Layton, su inolvidable amigo Lee - el contrato para formalizar la exclusividad de traducir al español todas sus publicaciones, que el IMCP venía realizando virtualmente desde hacía varios años. A este mismo empeño de promover la cultura técnica de la profesión en el vasto mundo hispanoparlante se enlazó el memorable acuerdo de su Consejo Directivo, a instancias de Julio, de fundar y denominar el órgano oficial de difusión periódica del Instituto: la Revista “Contaduría Pública”.

Pero si fueron importantes sus aportes en el ámbito nacional, el legado mayor de Julio Freyssinier al fulgor y a la fortaleza del IMCP fue el reconocimiento que con su liderazgo y decidida visión supo conquistar para México en el entonces naciente y hoy poderoso movimiento internacional de la Profesión Contable.

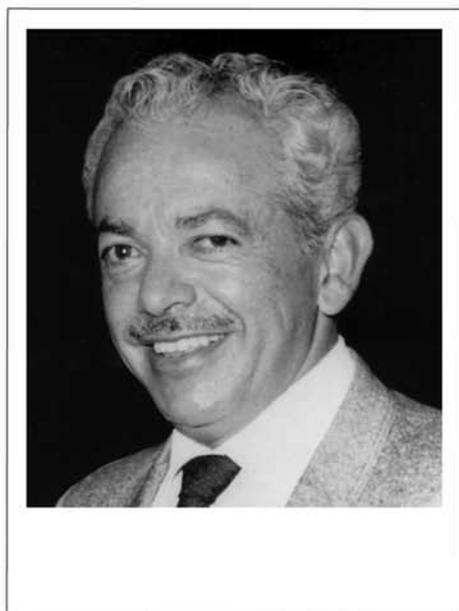
Con la firma de Julio como Presidente del IMCP, México fue el único país latinoamericano de los 9 que suscribieron la carta constitutiva del International Accounting Standards Committee (IASC, hoy IASB) en Londres, en junio de 1973. Meses antes, vistas las resoluciones del Congreso Internacional de Contadores de 1972, en Sydney, Australia, había sido establecido el International Committee for the Coordination of the Accounting Profession (ICCAP) con representantes de 11 países, México entre ellos, cuya misión consistió en preparar la propuesta de constitución de IFAC, misma que fue aprobada en el Congreso Internacional de Munich, Alemania, en 1977.

La activa participación de Julio Freyssinier en los trabajos de aquel importante ICCAP –antecesor de IFAC- y en la fundación del IASB, lo han inscrito para siempre en la historia ejemplar de una de las profesiones mejor organizadas del planeta.

El breve espacio de que disponemos para escribir sugiere una interrupción aparentemente abrupta de mi recordación amorosa de Julio; pero lejos de apagar nuestra emoción, al leerla ahora de nuevo ha de suscitarlos, ha de invitarnos a cada uno a seguir recreando con el corazón agradecido su fe y su alegría, su entrega generosa para dar a la profesión que tanto amó esa brillantez y ese carácter de compromiso que atrajo a miles de jóvenes a desarrollarse sirviendo a la sociedad -al público anónimo representado en nuestra denominación profesional- que en México aún confiaba en la información contable y financiera como promotora de decisiones de justicia distributiva, de incremento productivo y de solidaria convivencia.

En nuestras conversaciones y recuerdos estarás siempre, feliz y luminosamente, mi querido Presi.





**DON CARLOS PÉREZ DEL TORO**  
(1920 - 1976)



Nuestro honorable Colegio de Contadores es plenamente fiel al sentido del *Affectio societatis* cuando decide tributar una especial alabanza al maestro Carlos Pérez del Toro, recreando su nombre en el momento actual y no dejándolo nomás inscrito en el memorial de su magnífico pasado.

Tal es el profundo significado de la fusión del Premio de Investigación Carlos Pérez del Toro, establecido para alentar a nuestros estudiantes, con el Concurso de Ensayo Universitario que el Consejo Editorial de la Revista Veritas venía promoviendo entre los alumnos del último semestre de la carrera, fundando así, a partir de agosto de 2010, el “Concurso de Ensayo Universitario Carlos Pérez del Toro”, cuya convocatoria podemos leer cada año en la revista.

Esta feliz circunstancia nos mueve a compartir con los queridos jóvenes que deseen participar en el Concurso algunas vivencias emocionadas de quien ahora los ha de impulsar al estudio y a la investigación, por parte de quienes tuvimos la merced de beneficiarnos con la proximidad a la grandeza de sus enseñanzas y su amistad.

Dos cualidades bastan para acercar a don Carlos a esta devota unión: Simpatía y agudeza de entendimiento.

De los muchos discípulos y amigos a quienes pregunté para ofrecer la síntesis de la personalidad del Maestro en esta semblanza, recibí idéntica respuesta. Por eso el plural; por eso, igualmente, mi certidumbre de que él recibió la gracia especial de saber envolver su talento y su liderazgo al frente de las grandes instituciones que le correspondió dirigir, con ese único fulgor de la sencillez y la simpatía. No hubo, pues, en tan rudas circunstancias como las que debió enfrentar en la Universidad y en la profesión organizada de su tiempo, dificultad alguna que no pudiera superar, con felices resultados, gracias a su amorosa cordialidad, a su sencillez inteligente, a su entrañable capacidad de comunicarse con el otro, con los demás; habilidades no exentas, por supuesto, de una especial e infaltable agudeza inteligente y de una firme determinación a seguir el dictado de su responsable visión.

Veamos primero su paso por la UNAM como Director de la Facultad de Contaduría y Administración en los años difíciles de 1966 a 1970. Solidario con el ejemplar y sabio Rector Ignacio Chávez, presenta su renuncia ante el poder invasor que empieza a irrumpir ominosamente en la Universidad, y no le es aceptada; poco después, ya en el tiempo de la ocupación autoritaria de nuestra máxima Casa de

Estudios por el ejército en 1968, don Carlos marcha al lado del inolvidable Rector Barros Sierra y se suma a su grito libertario en defensa de la autonomía universitaria. Esto lo inscribe desde entonces en la proporción histórica que hoy estamos alabando, sin dejar de aludir a sus notables aportaciones que dan forma, sentido y movimiento a los recién creados programas de Posgrado en la Facultad, además del enriquecimiento que logró en los planes de estudio de la carrera al crear para ello la Comisión Académica, que hoy subsiste, y conseguir con decidido impulso la construcción del nuevo edificio de la Facultad.

Nuestro Colegio no habría podido prescindir de su capacidad notable y encantadora y por eso lo hizo, en respuesta a una manifestación aclamatoria de sus miembros, en 1970, presidente y líder de sus acciones vitales en épocas de afirmación de la Contaduría Pública, hasta el año de 1972, tiempo en el que pudo dotar a nuestra organización de planes y acciones de crecimiento que hoy consideramos naturales, pero que no pueden ignorar el genio y la solidaridad de su impulso fundacional, tales como el Fondo de Defunción y la Bolsa de Trabajo.

Desde luego, no aparta en ningún momento de su íntima convicción el compromiso de trabajar por la formación y enaltecimiento de las generaciones jóvenes, y en tal sentido deja impresa su misión también como presidente del Colegio, contribuyendo a fortalecer nuestros postulados a favor de la educación profesional continua:

La juventud debe prepararse lo mejor posible, no únicamente desde el punto de vista técnico sino también moral, porque cuando comience a ejercer su profesión, debe hacerlo dentro del contexto de la ética profesional. La actualización debe ser una actividad permanente de los contadores públicos, porque es muy importante que estén preparados para enfrentar los retos que les presentan los tiempos modernos.

Al recordar la reunión de tantas virtudes en una sola persona, uno puede pensar que el encanto del mundo hoy ha mermado. Pero al saber que el nombre de don Carlos Pérez del Toro sigue vigente en recintos universitarios y en programas y concursos de investigación como el de nuestro Colegio, no podemos menos que aspirar a encontrar en los jóvenes integrantes de esta noble profesión, la inteligencia, la simpatía y el espíritu de lucha, de franqueza y de compromiso que el maestro Pérez del Toro nos legó.





**DON CARLOS ISOARD Y JIMÉNEZ DE SANDI**  
(1921 - 1998)



En la magna conmemoración que en los años recientes hemos recreado de la fundación y la grandeza de las dos instituciones de educación superior más importantes de nuestro país, la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Politécnico Nacional, emerge el señorío de don Carlos Isoard en la galería de nuestros maestros precursores, hijo dilecto y servidor amoroso de ambas casas de estudios.

Un dato inicial de su biografía buena y fructífera nos dice que la Escuela Superior de Comercio y Administración del IPN le otorgó el título de contador público en 1952, y que la Escuela Nacional de Comercio y Administración de la UNAM lo invitó, poco después, a dictar la cátedra de auditoría, la cual sirvió con generosa puntualidad de 1957 a 1961.

Algunos años más tarde, ya reconocida la calidad de sus aportaciones profesionales y de sus servicios a la superación y progreso del servicio público desde diversas y muy importantes responsabilidades en entidades y dependencias del gobierno federal, el maestro Carlos Isoard Jiménez de Sandi llega a formar parte del Patronato Universitario, el cual preside en dos ocasiones entre 1976 y 1983.

Pero abrevemos un poco más en la fuente de su lúcido paso entre nosotros. De 1945 a 1950, mientras estudia la carrera en la ESCA, se forja en la entonces complementaria y generosa escuela de los despachos, ejerciendo la bella función testificadora de la auditoría en Mancera Hermanos, bajo la magistral dirección de don Rafael, que lo lleva con él a la Secretaría de Hacienda y Crédito Público en 1952 para trabajar como Director General de Egresos hasta 1954 y regresar —luego de impulsar la misión de la Unión Nacional de Productores de Azúcar desde su eficaz función contralora— a cumplir el alto compromiso de la Subsecretaría de Egresos de 1970 a 1976, desde la que su ilustre mentor se había desempeñado en los años felices de nuestro desarrollo estabilizador tan añorado.

¡Cuántos discípulos de don Carlos surgieron de aquella su cátedra comprometida y erudita! Sólo registro los nombres que el acotado espacio y la no menos apretada memoria nos permiten: Ramón Aguirre, Miguel Ángel Dávila, Ricardo García Sáenz, Julio Rodolfo Moctezuma, Javier Alejo.

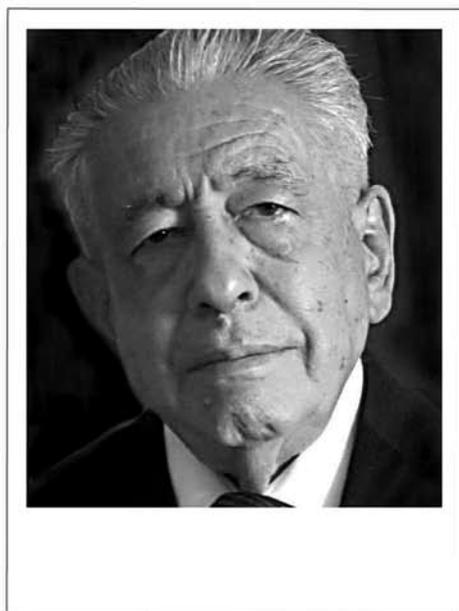
La auditoría gubernamental, desde la que su notable visión gesta la importancia de la profesión de la Auditoría Interna en México, se enriquece por su gestión como Auditor General de la Secretaría de Educación Pública en el quinquenio 1977-1982, tiempo claramente antecesor de la Secretaría de la Contraloría de 1983 que, pese a tan gran maestro, poco aprendió de él. Sus enseñanzas, empero, siguen vivas y están al alcance de todos los que deseen mejorar su desempeño; están plasmadas en el libro *Auditoría de las operaciones del gobierno. Efectividad, eficacia y eficiencia del gasto público*, Fondo de Cultura Económica, que por tratarse de un clásico del tema puede encontrarse también en las bibliotecas de los Congresos y Entidades de Auditoría Superior de la mayoría de los países latinoamericanos.

A lo largo de su vida, don Carlos Isoard no buscó honores, pero se arriesgó, sin envanecerse, a ocupar cargos honoríficos importantes a los que era invitado, y sin demora respondía con acendrada vocación de entrega. En el Consejo Directivo 1968-1970 de nuestro Colegio, se desempeña como Primer Secretario Propietario; y de 1986 a 1988 preside con notable sabiduría y entusiasmo el Instituto Mexicano de Auditores Internos, el IMAI, cuyo III Encuentro Anual inaugura en agosto de 1987 con un discurso en verdad adelantado a su tiempo y ciertamente precursor de acontecimientos importantes que habrían de suceder después. Varios años antes de que el Institute of Internal Auditors (IIA) difundiera el concepto de Auditoría Interna como hoy se conoce en todo el mundo, don Carlos la define como una función profesional de apoyo a la administración; y en el mismo mensaje expresa con la autoridad que le concedía su vasta experiencia: “Es común que a la Auditoría Interna en su modalidad operacional se le encuentre orientada hacia el futuro, en tanto que la auditoría financiera se dirige a lo pasado; pero en el Instituto le damos la acepción de un todo que enrola la función verificativa de la auditoría financiera con la prospectiva del enfoque operacional. Es así como las corrientes del pensamiento mencionan ahora a la Auditoría Integral como misión específica de la Auditoría Interna”. Hasta aquí la cita textual, que me permite recordar las valiosas aportaciones del maestro Isoard en el correspondiente comité de estudios que formamos en la Secretaría de la Contraloría en 1991, del cual surgieron los fundamentos para la creación de la Academia Mexicana de Auditoría Integral en 1994.

Como nota final de esta evocación del admirado maestro don Carlos Isoard, es de recordar su identificación con el altruismo verdade-

ramente volcado al amor hacia los más necesitados de nuestra sociedad, por lo cual es nombrado Presidente 1988-1991 del Patronato del Nacional Monte de Piedad, al que entrega todo el caudal de su vida y su ejemplo solidario en el cumplimiento de sus deberes profesionales.

Nuestro presente está lleno de inquietudes sobre la forma en que hemos de actuar en el futuro incierto y desafiante para seguir siendo útiles a nuestra sociedad. Las respuestas están en el pasado. Si tenemos la humildad de aprender a ser sabios y a la vez sencillos en el servicio, tal como Carlos Isoard y Jiménez de Sandi nos predicó con su testimonio, seguiremos existiendo como contadores profesionales al servicio del público, contadores públicos, pues.



**DON ARMANDO ORTEGA PÉREZ DE LEÓN**  
(1921 - 2006)



En el breve espacio de este ensayo no caben los nombres de los muchos colegas egresados de la ESCA con quienes he tenido la fortuna de andar los caminos de la buena amistad y la grandeza de su saber profesional, todos ellos dignos hijos de la amada y entrañable Escuela, “Madre de la Carrera”, como se la bautizó en la asamblea del 27 de agosto de 1934, presidida por su entonces Director, el contador público don Tomás Vilchis, en la que se solicitó al Secretario de Educación Pública implantar nuevamente en ella la carrera de Contador Público.

Al amparo de la inolvidable afabilidad del maestro don Armando Ortega Pérez de León, que rememoro con amorosa gratitud en cada aniversario de su tránsito, dedico un saludo respetuoso y a la vez lleno de afecto a los entrañables amigos y condiscípulos formados en esa centenaria Escuela, queriendo decir que este saludo sea como un abrazo del maestro que nos cubre a todos.

De tal magnitud es la cobertura de este abrazo, que envuelve también a sus admirados compañeros de la UNAM en la que obtuvo en 1999, por su Facultad de Filosofía y Letras, el grado de Maestro en Filosofía con la tesis “Nietzsche y Dostoiewsky. Tres áreas de convergencia”, en la que nos dejó este pensamiento:

Aspirar a lo infinito, siempre y cuando éste sea inaccesible. Alcanzar el mediodía de la vida, ciertos de que la decadencia y, más allá, la extinción son inevitables. Abreviar el instante en su plenitud, sabedores de que desaparecerá y no quedará de él más que su estela luminosa. Estas son las únicas fórmulas posibles que la vida ofrece, mismas que conforman su carácter trágico que Nietzsche experimenta y exalta.

Bien sé, porque él me lo llegó a confiar emocionado, que en esas convergencias expresó muchos de los sentimientos de búsqueda y de justicia que revivió con su personaje crucial Fedor Dostoiewsky, al caminar largas horas a la orilla del Neva, tocado igual que el ruso apasionado, por anhelos humanistas.

Como ustedes aprecian, más que una semblanza de Armando Ortega -pretensión que nos llevaría a hablar de la magnitud de su vida y su obra- estoy intentando captar la emoción de él desde su

inefable profundidad, desde su mirar interior de serena plenitud, al sabernos beneficiados y agradecidos por la intensidad de su trabajo y de su permanente búsqueda. Tal vez por eso, a veces he sucumbido ante la debilidad de hablar más de nosotros que de él; pero creo escucharlo complacido al decirnos que nosotros somos, en mucho, lo que él soñó que pudiéramos llegar a ser, buscadores de lo infinito, como lo escribió en su tesis magisterial, abrazándose y abrazándonos así en la generosidad de nuestras dos máximas instituciones de educación superior.

De su prolífica y genial preceptiva literaria en las materias de finanzas, de contabilidad de costos y de su información actualizada, reconocida formalmente en múltiples casas editoriales y de estudios superiores latinoamericanas –quizá la mayor, junto con la de Joaquín Moreno Fernández, de todas las producidas hasta ahora por contadores públicos mexicanos- guardamos hermosos pasajes de sensible recordación que lo veneran y preservan su memoria entre nosotros.

Por eso no voy a repetirme; sólo quiero recordar un hecho de la vida del IMCP en tiempos críticos, no tan remotos, de su consolidación institucional, y del que Armando fue protagonista fundamental. Al asumir, quien escribe, la Presidencia del Instituto, en octubre de 1983, su Dirección Ejecutiva no tenía un titular; entonces pedí a Armando –a la sazón Director de su Centro de Investigación Contable- que aceptara asumirla y ayudarnos a definir el futuro de tan importante función hasta en tanto pudiéramos contratar un nuevo Director Ejecutivo. Con su proverbial disposición para servir a la profesión, Armando aceptó el compromiso, y no sólo delineó las bases de una futura dirección sólida, sino que también estableció los cimientos de una nueva política de publicaciones de nuestro Organismo Nacional que hoy, como lo reconocemos todos, es un icono de su sólida presencia nacional e internacional. No faltaron voces de crítica a la idea de que Armando Ortega dejara el Centro de Investigación para dedicar su talento, aunque fuera por un breve lapso, a atender tales requerimientos. Nuestra respuesta fue que la Dirección Ejecutiva no es una mera gerencia administrativa, sino la voz independiente, calificada y permanente de la gestión representativa de la profesión contable mexicana, y por ello, superior a las indispensables actividades de investigación y administración, por importantes que estas sean. En ese mismo contexto, expresamos que la presidencia del Instituto debería seguir siendo el ejercicio de una responsable y periódica función de orientación, apoyo y supervisión de tal gestión.

En el tiempo en que Armando Ortega Pérez de León sirvió como Director Ejecutivo de nuestro Organismo Nacional, de noviembre de 1983 a fines de abril de 1984, fue un verdadero líder y dejó constancia y ejemplo de la efectividad que puede llegar a conseguirse en la conducción de las organizaciones intermedias de la sociedad, a la luz de un verdadero espíritu de *“Affectio societatis”*.

Para él, nuestro agradecimiento y nuestro recuerdo imperecedero.



**DON JOSÉ MANUEL PINTADO NIETO**  
( 1922 - 2006 )



La bella máxima latina *Affectio Societatis*, que alude al compromiso de servir a la comunidad y a los miembros de toda sociedad civil voluntariamente creada, fue rescatada de entre añosas culturas por el entrañable José Manuel Pintado de nuestra feliz memoria, y así nos la transmitió en el Boletín Semanal del Colegio de Contadores Públicos de México –entonces medio eficaz de comunicación entre sus socios- y la enarboló como bandera de nuestra fraternidad gremial nacida en 1949, exhortándonos a practicarla en los difíciles años de su presidencia, especialmente por los desencuentros que, pese a nuestra declarada hermandad, teníamos en el México de ese ominoso tiempo.

Aquel Boletín Semanal, allá por 1966-1967, fue el espacio en el que apareció un misterioso personaje, inspirado, muy conocedor y puntilloso crítico de nuestra vida institucional, por demás dueño de un estilo pródigo en buen humor no exento de fina ironía, que firmaba como *Luca Pacio Locus*. Se trataba, evidentemente, de un colega inteligente y enterado, es decir, al tanto y practicante del buen ejercicio profesional; culto, simpático y lleno de ideas favorables a su gremio, a su Colegio.

Los pocos que conocían su identidad fueron comprometidos por él a guardarle el secreto; y a fe que cumplieron. Pero cuando el Colegio llegó en 1979 a sus primeros 30 años, José Carlos Cardoso, a la sazón su presidente, le pidió a José Manuel que hiciera una semblanza histórica, y él aceptó escribir la que resultó una narración inolvidable - “Tres décadas ... y apenas el comienzo” –la cual firmó como *Luca Pacio Locus* bajo el sello de Editorial Trillas- que concluía con esta deliciosa advertencia: “Aunque en un principio se pensó publicar esta reseña en la revista del Colegio, los capitostes de la profesión cambiaron de idea. Ya ve cómo son, de modo que estas frívolas expansiones se las van a cobrar aparte. Allá usted si paga.” L.P.L.

El admirado José Manuel Pintado se mostró siempre así, dueño de un finísimo sentido del humor, de una vasta cultura literaria y musical, con la sonrisa siempre en ristre, entre irónica y desbordadamente jovial; presto y sutil en el debate, amable y bondadoso con el rival al que casi siempre vencía. Pero a la vez circunspecto si el caso lo ameritaba, como cuando actuó como Secretario Técnico de las Delegaciones Oficiales Mexicanas al VII Congreso Internacional de Contadores celebrado en Nueva York en 1962 y a la XI Conferencia Interamericana-

na de Contabilidad, en San Juan de Puerto Rico, en 1974, brillante y efectivo en el uso magistral del lenguaje oral y escrito al proponer, redactar y obtener consensos sobre los puntos de acuerdo de México en tales certámenes profesionales.

Como lo podemos abreviar en las fuentes ejemplares de todos nuestros maestros precursores, el Maestro Pintado adunó a su brillante trayectoria de profesionista y servidor público las previas lides académicas que le dieron rigor y luz a su desempeño en las distintas responsabilidades que debió ejercer, todas ellas importantes y trascendentes.

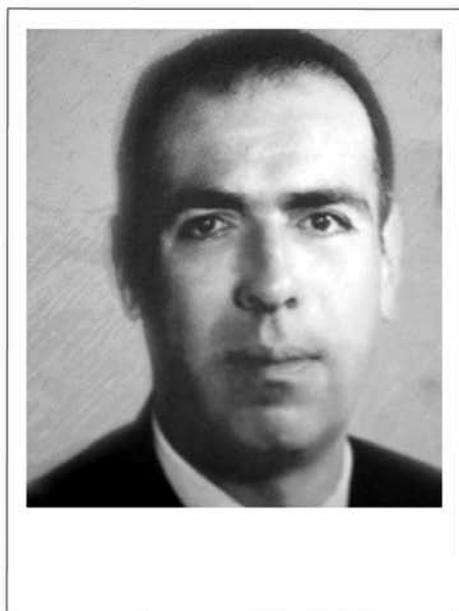
A lo largo de dos décadas y algo más, cargadas de hitos transformadores y ominosos acontecimientos en la historia contemporánea de nuestro país, Pintado Nieto se consagra con esmero y constancia, de 1946 a 1970, a la cátedra como profesor de asignatura en su querida Escuela, hoy Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM, a la que sirve además como miembro de su Consejo Técnico de 1963 a 1967 y como miembro del Consejo Universitario en 1966; la delicada misión como Secretario de la Facultad, entre noviembre de 1957 y septiembre de 1961, en los años de la Dirección a cargo del maestro Arturo Elizundia Charles, bajo cuya firme conducción le permite mostrar la fortaleza de su carácter y extenderla al eficaz y prudente secretariado de la Asociación de Facultades y Escuelas de Comercio, Contabilidad y Administración de la República Mexicana (hoy ANFECA), de 1959 a 1963.

Ya en la plena y madura convicción de su capacidad de servicio al engrandecimiento de la profesión, es electo presidente del Colegio de Contadores Públicos de México para el periodo 1964-1966, y pocos años después, de 1969 a 1971, preside la Academia Mexicana de Estudios Fiscales de la Contaduría Pública de la que es miembro fundador, y bajo cuyos auspicios publica la investigación realizada en 1970 sobre el entonces debatido tema de “Problemas fiscales del arrendamiento financiero”.

Maestro y profesionista sobresaliente, José Manuel Pintado presta también a la comunidad servicios de alta calidad en los campos de la auditoría independiente y de la consultoría fiscal como socio de despachos nacionales y después desde el suyo propio, al tiempo que su continuada vocación de servicio gremial y honorífico lo lleva a ocupar

la Vicepresidencia del IMCP en el bienio 1976-1977 y posteriormente la Presidencia del Instituto Mexicano de Auditores Internos (IMAI), de julio de 1987 a junio de 1988, al que consagra su vasta experiencia y su nueva visión como Contralor General de la Secretaría de Gobernación, en esos mismos años.

Con aquel filósofo que nos advirtió sobre la permanencia de los hombres en el tiempo a través del amor y del arte, hoy nosotros bien podríamos agregar que el Maestro José Manuel Pintado Nieto se ha quedado entre nosotros con sus libros, sus doctas clases, su decir y su mejor escribir; pero sobre todo con su afecto, su devoción y su fe en la profesión que al nutrirlo de verdad, le permitió regalarnos la savia de su inteligencia, de su talento y de su simpatía.



**DON RICARDO MORA MONTES**  
( 1925 - 2011 )



Bajo cierta inspiración teológica, Ricardo puede estarnos diciendo ahora mismo, en los términos contables de su inimitable magisterio, que la muerte es una ganancia. (*Flp 1,21*).

Nuestra profesión está de luto y llora con profundo dolor la ausencia física del maestro. Pero participa de su ganancia por dos laudables motivos: el de la esperanza, que nos hace confiar en la supervivencia gozosa de su espíritu entre nosotros; y el de un genuino orgullo nacional, que nos lleva a agradecer sus magnas contribuciones como contador público mexicano.

Lleno de amor por la tierra que lo vio nacer, ha vuelto a su seno precisamente el 15 de septiembre de este 2011, envuelto en la plenitud de su feliz historia como profesionista ejemplar en la tenacidad del estudio, en la cátedra y la oratoria de romano nimbo, en la promoción universal de una contaduría sólida y organizada, y desde luego en la prestación de servicios inteligentes y bien apreciados, valiosos en extremo.

Dotado de una capacidad intelectual extraordinaria, Mora Montes participa y multiplica los dones de que pronto se sabe poseedor. Quienes coincidimos en su tiempo y participamos de la gracia de conocerlo y estar cerca de él, estuvimos siempre de acuerdo en identificarlo como un genio; y ahora nos consta que la voz “Maestro” que le dedicábamos en nuestros saludos nunca antes fue pronunciada con tan verdadero merecimiento.

Desde los buenos tiempos juveniles, sabiendo ya que la profesión contable sería el camino de su realización trascendente, Ricardo organiza círculos artísticos, especialmente en el campo de la música; incursiona en la elaboración de textos y partituras para el teatro experimental, de las que él mismo es director y protagonista; y se convierte en un virtuoso clarinetista a la vez que en culto divulgador del arte musical, a través del periódico “*El bugui*”, que funda y patrocina con sus propios y exiguos medios.

Es válido reconocer con Ricardo Mora que el cultivo de las artes clásicas, siempre promotoras de la verdad, el bien y la belleza, inspira a toda disciplina del saber y del trabajo humano. Luchemos denodadamente hoy –si queremos honrar su memoria viviente y no dejarlo en el pasado– por la permanencia y fortalecimiento de las

humanidades y las artes en los programas de educación superior, especialmente ahora en que el mundo globalizado pretende eliminar tales conceptos universales y dejar el espacio sólo al utilitarismo vergonzante e individualista.

Tesonero en el estudio y magistral en la cátedra, Mora Montes enriquece a sus alumnos de la clase de Auditoría y Finanzas de la Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM con su experiencia, su elocuente sabiduría y su tremenda simpatía de efectividad docente, y mudándose rápidamente el saco y la corbata por la chamarra Puma, corre para llegar el más puntual y convertirse, al mismo tiempo, en el más destacado alumno y egresado de la primera generación de licenciados en Administración de Empresas, carrera que recién ha inaugurado la Facultad. Transcurren los años finales de la década de los 50 cuando se funda este programa académico y Ricardo ha de extender, desde entonces y hasta 1980, su devoto magisterio en la cátedra, para asumir más tarde, en 1968, la primera jefatura de la División de Estudios Superiores, en la misma Facultad, y prestar a su desarrollo invaluable aportes.

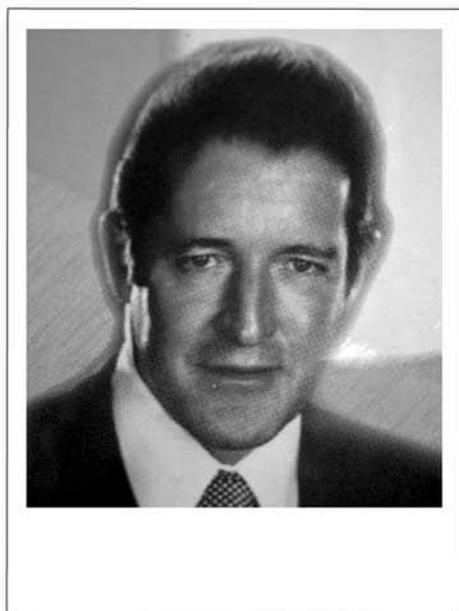
Orador y conferencista profundo y lúdico a su vez, Ricardo se dejó oír en innumerables ocasiones ante multitudes azoradas, trayendo siempre novedades, invitaciones a moverte en serio hacia dentro, certezas acerca de lo que como contadores públicos estamos llamados a conseguir; y todo ello en un halo de sencillez y de simpatía que no sólo no disminuían el sentido de sus mensajes sino que lo hacían más creíble por su afabilidad. Quien lo oyó no lo pudo ya jamás olvidar —me atrevo a formular esta paráfrasis del poeta, nuestro Amado Nervo (*Gratia plena*, 1918) quien, por cierto, no menos mexicano que Ricardo Mora Montes, murió también lejos de la patria, añorándola y recibiendo de ella pletóricas bendiciones—.

Este espacio se agota para rememorar todo lo que, además de su humanidad luminosa, el Maestro Ricardo hizo por la Contaduría Pública de México y del orbe todo. Basten, pues, unas breves notas para exaltar su presidencia —la primera y acaso más notable— de nuestra Comisión de Normas y Procedimientos de Auditoría (CONPA), de 1959 a 1965 y de 1969 a 1971; su aportación contundente a la armonización técnica de los países integrantes de la Asociación Interamericana de Contabilidad, en materia de auditoría, en cuya VII Conferencia, celebrada en Mar del Plata, Argentina, en octubre

de 1965, la Comisión de Estudios N°2, presidida por él, adoptó para su observación continental las normas mexicanas; y la proyección mundial de su liderazgo en el histórico XII Congreso Internacional de Contadores de IFAC, que presidió en la ciudad de México en 1982.

El IMCP registra un hito o señal clara de su devenir histórico al convertirse en Organismo Nacional unificador de todos los Colegios de Contadores Públicos del país, en 1965. Requeríamos en ese momento para su integración constructiva de un genio como Ricardo Mora Montes, y él aceptó generosamente el gran desafío de conducirnos hacia la consolidación que hoy seguimos reconociendo en beneficio celebratorio de la sólida organización de la Contaduría Pública mexicana. En ese encomiable esfuerzo gremial tuvo a su lado como Vicepresidente General a don Rafael Alonso y Prieto, felizmente aún entre nosotros, quien dirigió los destinos de nuestro Instituto como su Presidente, durante el bienio 1967-1969.

Decíamos al principio, que el espíritu de Ricardo seguirá vivo entre nosotros. De ello da cuenta no solo la fe, sino el testimonio que su talento nos dejó en el ya clásico tratado de la Auditoría de Estados Financieros, editado por nuestro IMCP en dos tomos que vieron la luz en 2000 y seguirán ilustrando el quehacer profesional de quienes opten por servir al público en esta noble disciplina profesional.



**DON HUMBERTO MURRIETA NECOECHEA**  
(1936 - 2011)



Así como Humberto acudió puntualmente a las páginas de “*Veritas*”, casi hasta el hálito póstumo, a compartir desde su memorioso y alto sitial de “Testigo del pasado” las vivencias y recuerdos de la vida que supo embellecer, por gracia, con su alegría y optimismo, con su enorme capacidad, su tozudez y obstinada determinación a acrecentar el prestigio de su entrañable profesión contable-; así nosotros, hoy, ante el evidente y dolorido signo de su pascua, de su paso a la plenitud que buscó siempre valeroso y confiado, lo declaramos testimonio viviente de esta disciplina del conocimiento humano que es universal por su perenne misión de dar culto a la verdad -tal y como él se empeñó en recordárnoslo siempre-.

A los muchos afectos y palabras que se han vertido y seguirán elevándose para venerar su recuerdo, quiero sumar los míos con amoroso fervor de amigo y compañero de viajes y encuentros por los muchos caminos erizados de cumbres y abajados en abismos, como los de nuestra tierra americana que tanto amó y recorrimos juntos. Es una crónica obligadamente apretujada; pero en las breves líneas que la contienen brilla esplendente la luz de una epopeya.

Con ningún otro propósito o interés, más allá del exclusivo fin de servir a la profesión que trae en la sangre cual devoto misticismo, Humberto consagra toda la intensidad de su energía, de su madura inteligencia y de su maravillosa y seductora personalidad a proyectar la dignidad de la Contaduría Pública y a engrandecer su renombre, al mismo tiempo en México que en el orbe todo.

Entre 1973 y 1982, en tanto va contando y registra los mejores años de su cumbre y saludable abundancia vital -de los 39 hasta los casi 50 de una existencia iluminada por el amor hermoso de María Eugenia, su compañera sin par, y de sus ejemplares hijos que lo bendicen cual vid fecunda alrededor de su bíblica mesa-, Humberto Murrieta se entrega con idéntico tesón al servicio del IMCP y de la Asociación Interamericana de Contabilidad (AIC) como consejero y directivo, culminando la fidelidad y eficacia de tal gestión con la presidencia de ambos organismos para la que es electo abrumadoramente y se compromete a ejercer -de manera cuasi simultáneamente del tamaño de la empresa, al tiempo que con la fuerza superior que nutre su espíritu.

En efecto, es Presidente del IMCP por el bienio 1979-1981 (la última gestión de dos años) y de la AIC durante 1980 y 1982, y con solíci-

ta y responsable dedicación visita y participa activamente en eventos técnicos de todos los colegios afiliados al Instituto y de todos los organismos nacionales que a la sazón integran y patrocinan el cuerpo regional representativo de la profesión contable en el Continente Americano, además de en múltiples actividades directivas, congresos, asambleas nacionales y conferencias interamericanas, así como en consejos y reuniones de la Federación Internacional de Contadores (IFAC), llevando y haciendo oír la voz de las Américas, autorizada y poderosa especialmente en él, como aquella memorable ocasión en que, ante los líderes de la profesión mundial reunidos en Nueva York en 1981, les soltó este lapidario saludo introductorio: “*My English is better than your Spanish*”, en obvia y subliminal referencia a nuestro indiscutible desarrollo y capacidad profesionales, que ellos desde luego aplaudieron con respeto y simpatía.

Todos sabemos que la responsabilidad de presidir nuestros organismos gremiales exige una intensa dedicación previa de años y años de trabajo, a veces desde oscuros cargos que piden entrega sin luces. Por eso, cuando hablo del servicio voluntario de Humberto, estoy recordando esos más de 10 años de su amorosa consagración y entrega que, sin desconocer los esfuerzos de quienes han servido y siguen honrando tan nobles compromisos, en él y su circunstancia se proyectan titánicos a la luz de la historia, y formidables ante el juicio testimonial de los hechos y las palabras.

De los muchos textos escritos y enseñanzas orales que nos legó, quiero traer a nuestro devoto recuerdo aquella feliz analogía que solía hacer del dictamen del Contador Público y la función de testificar, afirmando en ésta el valor de ser testigo, de dar testimonio de la verdad, tal y como Jesús de Nazaret lo declaró como un alto mandato y por el que, incluso, tendríamos que estar dispuestos a morir por su cumplimiento (la desinencia griega enlaza el vocablo testigo con el de *martyr*).

... ¿Acaso fue esta certeza de su corazón la que lo llevó a dejarnos el mensaje de su sabiduría acumulada en el tiempo, mes tras mes, bajo la rúbrica de *testigo del pasado*?

A Humberto le gustaba usar expresiones y giros verbales de nuestra rica cultura americana y muchas veces lo oímos decir, por ejemplo, ese “yo acredito” lusitano para transmitir su certidumbre de que las personas o los sucesos a que se refería eran plenamente creíbles. Pues ahora yo uso esa misma locución -yo acredito- para dar fe de

que las ideas acerca de dar testimonio, profundamente arraigadas en su pensamiento, lo inspiraron al pronunciar uno de los más bellos y elocuentes discursos que le recordamos. Fue al término de las Jornadas de Ciencias Económicas del Cono Sur, en septiembre de 1980; la tarde declinaba bajo la tibieza guaraní de Asunción del Paraguay; y luego de palabras, canciones y despedidas fraternas entre los amigos del norte, del centro y del sur, la voz del presidente Murrieta se oyó emocionada y segura: “Creo en la profesión contable y en su armónica y sólida presencia continental; creo en Dios y en sus hombres, nosotros, fieles testigos de su grandeza”.

Del gran edificio de la profesión contable interamericana subsisten, gracias a Humberto Murrieta, cual sólidos fuertes que dan cimiento a su desarrollo permanente, los Seminarios Regionales Interamericanos que él propone e inaugura en Bogotá, en junio de 1981. Otras nobles aportaciones del genio Murrieta, en la cúspide de su talento y experiencia, podrían ocupar muchas más páginas.

Pero quiero regresar en esta fraternal semblanza a los destellos de su juventud entusiasta en México, y hablar con palabras casi cantadas la alegría que supo dar a nuestras Convenciones Nacionales —que gracias también a su inteligencia conciliatoria las numeramos ahora como Asambleas anuales, la 88, este 2011, en vista de nuestra fundación en 1923— con sus famosos corridos que aludían, a tono de la música revolucionaria mexicana y letra escrita por él junto con José Luis Valdovinos, Eduardo Straffon, Oscar Chávez, Julio Freyssinier, Luis Nieto y otros entrañables de su jolgorio, a los hechos más notorios de la época.

Honor y vida eterna a Humberto Murrieta Necochea, testigo del pasado y testimonio viviente; honor al profesional activo y director del Despacho Roberto Casas Alatríste; honor al servidor público comprometido con su patria; honor al director e impulsor del Boletín Semanal del Colegio de Contadores Públicos de México; honor al Presidente del IMCP y Contador Benemérito de las Américas; honor al inolvidable amigo, romántico, cantador y compañero de todos los caminos. A él, al Güero Murrieta, nuestro honor, nuestro cariñoso recuerdo y la paz.



**DOÑA VILMA CÁMARA ZAVALA**  
(1942 - 2004)



Recordar a Vilma Cámara es un viaje a nuestro interior; es asomarnos a la vida y a la profesión por dentro, ¿quién se atreve? De la mano de Arturo Díaz Alonso, su fraternal amigo de toda la vida que le siguió poco después en el viaje a las profundidades de nuestro destino, hoy podemos alegrarnos porque Vilma sigue viva entre nosotros, como él; y con palabras de él quiero tributar mi sentido homenaje a su esclarecida entrega como Directora Ejecutiva del IMCP y a su inolvidable presencia de luz, a su sonriente mensaje de amor y de esperanza.

Pero antes de oír las palabras de Arturo a Vilma, permítanme esbozar de ella esta breve, cálida semblanza: Durante más de diez años al frente de la dirección ejecutiva del IMCP iluminó con su suavidad la vida de nuestra profesión organizada a nivel nacional, atenuando con su sonrisa los dolores y la pulsión del crecimiento -palmo a palmo, ciudad a ciudad-, e impulsando con alegría la eficacia de múltiples realizaciones impensables hasta entonces, como la eficiente fuerza editorial de nuestra cultura técnica, como el entendimiento constructivo en la diversidad regional, como la reconstrucción comprensiva de las finanzas institucionales, como la brillantez de convenciones nacionales y congresos internacionales organizados bajo su incansable y notable conducción plena de sencillez y de contagiosa confianza.

En su alma bullían al par el clasicismo barroco de Vivaldi, el innovador de Dvorak y el amorosamente trágico de Puccini, con las cadencias espirituales de la trova de su Yucatán amado. El Caribe mexicano que nubló sus ojitos con turquesas imposibles la impulsó como madonna renacentista a caminar y caminar piadosa por las rúas de Roma y Florencia, y a vivir largas temporadas en la orilla izquierda del Sena, como buena bohemia enamorada de la existencia y fiel a su vocación de servicio y de entrega como contadora cantarina y devota de París, pues siempre nos dijo, parafraseando a Enrique IV, el converso, que la contabilidad bien vale una misa.

No nos sorprende, pues, recordar a la maestra Vilmita Cámara promover entre sus colegas de la entonces Dirección de Auditoría Fiscal Federal de la Secretaría de Hacienda y poco después con los de la Secretaría de la Contraloría –ambas dependencias se beneficiaron en aquellos tiempos con sus invaluable servicios profesionales-, apuntarse a ir a los conciertos de la Sinfónica Nacional en el Palacio de Bellas Artes o de la Orquesta de la UNAM en la Sala Nezahualcóyotl, o a las funciones de cine-debate o a los cafés literarios coyoacanenses de su predilección.

El 5 de julio de 2004, unos cuantos días después del tránsito de Vilmita, el Instituto organizó una sentida velada para rendirle homenaje, y Arturo le dedicó, conmovido, la oración que revive a los dos, en estos pensamientos:

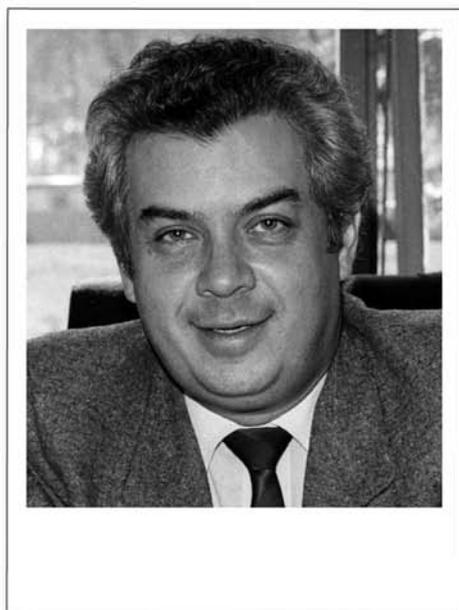
*“No estamos aquí para alabanzas fáciles, Vilma no lo merece; hay tanto bueno que decir de ella que no se requiere exagerar ni mentir. Tenemos que buscar las mejores palabras, las más adecuadas y expresivas, y aunque tengan que ser muchas procuremos que sean las menos posibles. Estas palabras deben ser nuestras, no sólo mías, y darle a estos momentos el carácter de eternidad que requiere el tema de la muerte. Pensemos en Vilma, cada uno con su propia mente ... Dejemos que las palabras penetren lo más profundo de nuestros corazones ... Hablemos, pues, de nuestro duelo, que para eso fuimos fraternalmente convocados.” (...)* *“Hace falta entender lo que era ser contador público, contadora pública, mejor dicho, en los sesenta; para saber que el Instituto es ahora una institución eficiente donde todos seguimos teniendo mucho que hacer”. (...)* *“Igual que dijo Borges de los libros, yo lo digo de mis amigos: que otros se precien de las almas que han cultivado; yo me precio de las almas que he conocido; Vilma es para mí una de las mejores almas”. (...)* *“Su muerte nos ha dolido porque la creíamos eterna; estamos tristes porque el mundo ha perdido encanto, pero podemos recordar su recóndita armonía, estar contentos de que tuvimos el privilegio de conocerla y estar seguros de que el destino con ella nos pagó, en exceso, lo que nos debía”.*

Así, en su magistral y atrevido estilo que lo hacía enlazar a José Alfredo Jiménez con Giacomo Puccini, Arturo concluyó aquella tarde su elegía, conteniendo las lágrimas, con esta oración:

*“Si necesidad es lo que puede no ser, Vilma parecía no tener necesidades; creo que solo tenía una: la necesidad de dar, por eso dio mucho, produjo mucho y amó mucho porque fue fiel a esa necesidad de dar. Como dijo Cortázar: “es que queremos tanto a Vilma”.*

Solemos declarar muy solemnes que las personas pasan y las instituciones permanecen. El talento, la dedicación, la experiencia profesional y el amor de Vilma Cámara, la incomparable Directora Ejecutiva

del IMCP, se engarzan en la piedra perenne de la institución porque los donó a tiempo completo. Entonces, digo yo, Vilma no pasará; se ha quedado para siempre con nosotros, mujeres y hombres consagrados al servicio de los demás como contadores públicos.



**DON ARTURO DÍAZ ALONSO**  
(1945 - 2009)



Habían transcurrido apenas unas cuantas semanas luego de haberle pedido a mi hermano Arturo me ayudara a cuidar y prologar la edición de un breve ensayo en el que volveríamos a hacer presente el homenaje a nuestros ilustres maestros, cuyas semblanzas llevaba escritas para *Veritas* en 2009, cuando, de pronto, sus amigos fuimos confrontados por el doloroso signo de su muerte, una triste tarde otoñal, y solo pude llegar aquel véspero de octubre a verlo ya tendido, y besar su frente con amor fraternal, cálida aún su faz de plenitud y dulce conformidad con su destino.

Ahora, mientras voy terminando de preparar esta edición que generosa y fraternalmente ha aceptado patrocinar la Facultad de Contaduría y Administración bajo la digna dirección de nuestro entrañable amigo común, el doctor Juan Alberto Adam Siade, la semblanza de Díaz Alonso se nos convierte en conmovedor epílogo del libro.

Arturo Díaz Alonso ha subido al altar de mi veneración con premura y sin pedir permiso; y a cambio de prologar con su sabia palabra el pequeño libro que hoy damos a luz, nos consagra en él su entrega grande y total en el recuerdo laudable de los maestros precursores de grandeza que han dado especial lustre y esplendor a la Contaduría Pública, sin discusión, Arturo al lado de ellos.

De la misma manera en que la contabilidad es el esperanto de la economía, Arturo es universal; es universidad que conjunta en su ser múltiples cosas creadas. Más allá del claustro que le pudo significar su añorada *Alma Mater*, nuestra máxima Casa de Estudios, el Maestro Díaz Alonso abrevó y regaló en viajes sin fin por el planeta y el intelecto, su amor y simpatía, su sabiduría y su imponente personalidad cual Petronio de la vida y ciudadano del mundo.

Lo lloran su Mérida deliciosa, musical y materna de la inolvidable doña Lochita, y la Angelópolis de su palaciega y culinaria elegancia, cuna de don Alfonso, el añorado padre; lo mismo el Guanajuato de su José Alfredo sin par que el Buenos Aires de Gardel y de Cortázar; la Habana libertaria de Fidel, el Caribe García-Marqueño de su encumbrada y abuelera identificación, y la dulce tierra guaraní de sus admirables conferencias que a los colombianos, los peruanos y los chilenos también sedujeron. Lo seguirán añorando Nueva York y París en su piel y en su almarío enamorado; la Roma imperial bajo su asombrosa sensibilidad de tribuno sibarita y urbanista; y el San Petersburgo caminado con Dostoiewski y su Razkolnikov del brazo; Ate-

nas y Estambul, Delhi y El Cairo, escuelas milenarias de vasta cultura igualmente convertidas en fuentes cristalinas y retroalimentadoras de su alma anhelante de infinito.

A todas y a todos, Arturo dio su amor generoso y recibió a manos llenas la luz del entendimiento, de la cultura, del humanismo.

Ya había vertido su inteligencia como Director Ejecutivo de nuestro Colegio de Contadores, construyendo acuerdos y animando voluntades bajo la inolvidable e inspirada presidencia de don Carlos Pérez del Toro, cuando algunos años después Arturo fue electo Presidente del Consejo Consultivo de la Ciudad de México y vivió ahí una amorosa conjunción de afectos e inteligencias. En ese tiempo, y por la Facultad de Arquitectura de la UNAM, obtuvo el grado de Maestro en Urbanismo (¿quién no recuerda, entre otras muchas piezas de su elocuente oratoria los sucesos de aquellas charlas, escritos y conferencias sobre el privilegio de vivir en la Ciudad de México?).

Retorna amoroso, poco después, al notable ejercicio de su erudición docente en su Facultad de Contaduría y Administración, de la que llega a ser Jefe de Investigación y luego Director ilustrísimo, sobre todo por la alta calidad de su gestión académica y su valor en los aciagos días de la toma turbulenta de la UNAM por los porros, que solo él pudo enfrentar sin suspender actividades. Más que obvia resultó su elección para un segundo periodo de cuatro años.

Como el filósofo y escritor Clive S. Lewis, Arturo fue un hombre lleno de amigos, de libros y de alumnos. Por eso, al cumplirse el primer año de su muerte, ocasión en que el doctor Adam Siade declaró solemnemente inaugurada con el nombre de “Maestro Arturo Díaz Alonso” el aula magna de la División de Investigación de la Facultad y, al mismo tiempo, el establecimiento del certamen de investigación anual “Premio de Investigación en las Disciplinas Financiero-Administrativas Arturo Díaz Alonso”, el Auditorio Carlos Pérez del Toro se vio pletórico de todos nosotros, emocionadamente unidos a él en la gloriosa exclamación ¡Goya, Universidad!

Honor a Arturo Díaz Alonso, Contador Público Certificado, que contribuyó al establecimiento de la Certificación de los Contadores Docentes por el IMCP; que promovió la creación de la distinción de Maestro Distinguido en nuestro Organismo Nacional, honor que varios años después alcanzó él mismo por méritos indiscutibles. Sean

elevados nuestros laudos al Director de la FCA que enalteció la unidad de las Facultades y Escuelas de Contaduría y Administración en México y en América Latina, proyectando a México, cuando menos en esta especialidad, como líder fraterno, respetado y responsable.

Se asomó tanto Arturo a la vida profunda de su universalidad exploradora, que en medio del tráfago de sus actividades directivas y bienandantes se dio tiempo para concluir en la UNAM la licenciatura en Filosofía, y supo remover con sus conceptos sobre la Ética conciencias y recintos académicos y profesionales que se extasiaron y a la vez se inquietaron con su aguda visión. A este mismo propósito y para mantenerlo vivo en su expectante y reflexiva búsqueda, me he comprometido a seguir impulsando el *Seminario Nacional de Ética*, foro y movimiento de ideas que él concurrió a forjar entre nosotros.

Quien quiera honrar y entender mejor a Arturo Díaz Alonso en esta relación de admirables encuentros, que vaya al Centro Histórico y se detenga un momento a llorar en los patios del Palacio de los Condes Heras Soto, edificado en el siglo XVIII, cuya ornamentación en la esquina (*Donceles y República de Chile*) está considerada como un ejemplo único en la Ciudad de México, de entre todas, la favorita de su corazón.





## Cronología de la profesión contable mexicana en el siglo XX

- 1907 El 25 de mayo se celebra el primer examen profesional de Contador, sustentado por don Fernando Díez Barroso en la Escuela Superior de Comercio y Administración (ESCA).
- 1908 Doña María Guerrero es la primera mujer en México que recibe el diploma de Contador de Comercio en la ESCA, al presentar su examen profesional el 19 de diciembre.
- 1910 Don Roberto Casas Alatríste presenta su examen profesional para recibir el diploma de Contador de Comercio en la ESCA, de la cual es nombrado secretario en 1915.
- 1912 Se celebra el examen profesional de don Rafael Mancera Ortiz en la ESCA, por el que recibe el diploma de Contador de Comercio.
- 1917 El 11 de septiembre se constituye la Asociación de Contadores Titulados cuya denominación infiere la intención de sus fundadores de dedicarse a la práctica de la contaduría pública. Esta Asociación es el primer antecedente del Instituto Mexicano de Contadores Públicos (IMCP).
- 1921 Se promulga la primera Ley del Impuesto sobre la Renta, identificada como Ley del Centenario.
- 1923 El 6 de octubre queda constituido el Instituto de Contadores Públicos Titulados de México, antecedente formal del IMCP, cuya primera directiva fue integrada por don Fernando Díez Barroso, como Presidente Honorario; don Luis Montes de Oca, Presidente; don Rafael Mancera Ortiz, Secretario; David Thierry, Tesorero; Roberto Casas Alatríste, Primer Vocal; Santiago Flores, Segundo Vocal; y Agustín Zea, Auditor.
- 1924 Doña Refugio Román es una de las primeras cinco contadoras egresadas de la ESCA, en la que presentó su examen profesional el 23 de octubre; pero generalmente se le considera la primera contadora pública de México al revalidar su diploma de Contador de Comercio por el título de Contador Público en 1929, y ser la primera mujer en dedicarse al ejercicio independiente de la profesión.

- 1925 El Instituto de Contadores Públicos Titulados de México publica su primer Código de Ética Profesional.
- El propio Instituto inicia las gestiones tendientes a revalidar los diplomas de Contador de Comercio por los títulos de Contador Público.
- Se funda el Banco de México como Banco Único de Emisión.
- Don Luis Montes de Oca es designado Presidente del Instituto de Contadores Públicos Titulados de México, cargo en el que se desempeña hasta 1928. De 1927 a 1932 es Secretario de Hacienda y Crédito Público, y de 1935 a 1940 Director del Banco de México.
- 1929 Don Rafael Mancera Ortiz es elegido Presidente del Instituto de Contadores Públicos Titulados de México.
- Se decreta la autonomía de la Universidad Nacional por la promulgación, el 22 de julio, de la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México, y el Instituto de Contadores participa en los trabajos de organización de su Facultad de Comercio y Administración.
- 1933 Don Roberto Casas Alatríste es nombrado Director de la FCA de la UNAM y en el mismo año resulta electo como Presidente del Instituto de Contadores.
- 1936 Se crea el Instituto Politécnico Nacional (IPN) y, de las diversas escuelas que se integran a su estructura, la ESCA es la más antigua.
- El Consejo Universitario de la UNAM aprueba un nuevo plan de organización y la Facultad de Comercio y Administración se convierte en su Escuela Nacional de Comercio y Administración.
- 1945 Se promulga la Ley Reglamentaria de los artículos 4° y 5° Constitucionales, conocida como Ley de Profesiones.
- 1948 Al amparo de la nueva ley se funda el Instituto de Contadores Públicos de Nuevo León y don Ramón Cárdenas Coronado es designado su primer Presidente.

- 1949 El Colegio de Contadores Público de México nace a la vida institucional y designa como su primer Presidente a don Rafael Mancera Ortiz.
- 1951 Se celebra en la ciudad de México la II Conferencia Interamericana de Contabilidad bajo la presidencia de don Roberto Casas Alatríste; actúa como Secretario General de la misma don Ramón Cárdenas Coronado.
- 1955 El Instituto de Contadores Públicos Titulados de México adopta su nueva denominación definitiva –Instituto Mexicano de Contadores Públicos (IMCP)- y crea su primera comisión normativa: la Comisión de Procedimientos de Auditoría, hoy Comisión de Normas de Auditoría y Aseguramiento (CONAA).
- 1957 Con motivo de los 50 años de la fundación de la Asociación de Contadores Titulados de México en 1917, se realiza en la ciudad de México la I Convención Nacional de Contadores Públicos.
- 1958 La profesión contable organizada registra ya la constitución de varios Colegios e Institutos de Contadores Públicos en las más importantes capitales del país, que al fin del siglo llegarán a ser 59 agrupaciones.
- 1959 Se emite el decreto que crea la Dirección de Auditoría Fiscal Federal (DAFF) y establece el Registro de Contadores Públicos autorizados a dictaminar los estados financieros de las empresas contribuyentes con efectos fiscales.

Don Arturo Elizundia Charles promueve desde la Dirección de la Escuela Nacional de Comercio y Administración de la UNAM, de la que es titular, la fundación de la Asociación de Facultades y Escuelas de Comercio de la República Mexicana –hoy ANFECA- y bajo su dirección, años más tarde, en 1965, obtiene del Consejo Universitario la aprobación para crear la División de Estudios de Posgrado en Administración y la consecuente elevación de la Escuela al rango de Facultad.

- 1961 La ESCA establece su División de Graduados en Maestría y Doctorados de Administración.

- 1964 El IMCP recomienda el uso del término Contador Público por sobre el de Contador Público Titulado.
- 1965 En la ciudad de Chihuahua, tiene lugar la V Convención Nacional de Contadores Públicos en la que, tras un largo periodo de arduas discusiones entre los líderes de la profesión en los diversos colegios ya establecidos, el IMCP adopta el carácter de organismo nacional integrador de los colegios establecidos y reconoce, al mismo tiempo, la condición de socios individuales del propio Instituto en todos los contadores públicos que se afilien a él por conducto de sus colegios locales.
- Para conducir los destinos del IMCP así constituido, se elige como su primer Presidente nacional a don Ricardo Mora Montes.
- 1968 Se inicia la emisión de los boletines de Principios de Contabilidad, identificados como boletines de la serie azul, por la Comisión de Principios de Contabilidad del IMCP.
- 1969 En el marco de la VIII Convención Nacional celebrada en la ciudad de Monterrey, se constituye la Academia de Estudios Fiscales de la Contaduría Pública y elige a don José Manuel Pintado Nieto como su primer presidente.
- 1972 Nace la revista “Contaduría Pública” como órgano de difusión del IMCP.
- 1973 Don Julio Freyssonier Corral, en su carácter de Presidente del IMCP, participa en la fundación del Comité Internacional de Normas de Contabilidad (IASC, en inglés), que devendrá IASB como ahora se conoce.
- 1977 Bajo la presidencia de don Gabriel Mancera Aguayo, el IMCP obtiene en junio de este año el reconocimiento de la Dirección Federal de Profesiones como Federación de Colegios de Profesionistas, primera organización gremial en lograr este registro.

Como resultado de los trabajos realizados durante cinco años por el Comité Internacional de Coordinación para la

Profesión Contable (ICCAP en inglés), en los que el IMCP aporta su participación con don Julio Freyssinier Corral, el mes de octubre se constituye IFAC en Múnich, Alemania, en el marco del XI Congreso Internacional de Contadores.

- 1982 Se celebra en la ciudad de México el XII Congreso Internacional de Contadores, bajo el patrocinio y auspicio de IFAC, cuya Comisión Organizadora preside el C.P. y L.A.E. don Ricardo Miramontes.
- 1998 Entra en vigor el Reglamento de Certificación y se presenta al Comité Mexicano para la Práctica Internacional de la Contaduría (COMPIC). Este organismo acuerda que el IMCP es la única entidad profesional con su respaldo para certificar a los contadores.
- 2001 Se constituye el Consejo Mexicano para la Investigación y Desarrollo de Normas de Información Financiera (CINIF) que viene a sustituir a la Comisión de Principios de Contabilidad del IMCP en la responsabilidad de emitir las normas mexicanas de información financiera, y recientemente cambia su denominación por la de Consejo Mexicano de Normas de Información Financiera.



## Obras consultadas

- **100 años de la Contaduría en México**  
Instituto Mexicano de Contadores Públicos, A.C.  
México, 2007
- **Quince lustros en la historia de un instituto**  
*Esto somos, esto fuimos.*  
Pintado Nieto, José Manuel  
Instituto Mexicano de Contadores Públicos, A.C.  
México, 1998
- **Reseña histórica de la Facultad de Contaduría y Administración**  
Adam Adam, Alfredo, et. al.  
Almaguer Pérez, Gustavo;  
García Hernández, Ma. Elena;  
Tomé González, Armando.  
Universidad Nacional Autónoma de México.  
Facultad de Contaduría y Administración.  
México, 2007
- **ESCA. 50 años de vida 1845-1995**  
Instituto Politécnico Nacional  
Escuela Superior de Comercio y Administración

***Maestros Precursores de Grandeza. Contadores Públicos del siglo XX***

Editado por la Universidad Nacional Autónoma de México  
Fondo Editorial de la Facultad de Contaduría y Administración.

Se terminó de imprimir el 27 de abril de 2012 en  
los talleres de Publidisa Mexicana S.A. de C.V.  
Se tiraron 200 ejemplares en papel cultural de 75 grs. en interiores  
y en forros cartulina couche mate de 220 grs.

Tipo de impresión: offset.

En la composición se utilizó la fuente tipo  
Times New Roman 9, 10, 12, 14, 24 y 32 puntos.

Idioma original: español